

YO COMPRE UN CASTILLO

RALPH BARBY



SELECCION
TERROR

RALPH BARBY

YO COMPRE UN CASTILLO

Colección
SELECCION TERROR n.° 200 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

195 — Pacto... ¡Después de morir. — *Curtis Garland.* 196 — La fábrica de cadáveres. — *Clark Carrados.* 197 — Cita con los espíritus. — *Burton Haré.*

198 — El diabólico doctor Zaroff. — *Ada Coretti* 199 — Reza por mi alma, Elsie. —

Silver Kane.

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 40.159 - 1976
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: diciembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1976

CAPITULO PRIMERO

Salió a la calle, aún tenía en su mano los billetes y las monedas.

Llovía, llovía con una lluvia fina y persistente, una lluvia fría que calaba hasta la médula de los huesos de los londinenses.

Observó que las miradas de algunos transeúntes se dirigían a sus manos, manos que apretaban aquel dinero recién ganado en el juego del bingo.

No era usual que una mujer como mistress Joan Wood, con cincuenta años muy bien llevados, pues podría pasar por cuarenta, llevara todo aquel dinero en la mano. Distaba mucho de ser una fortuna, pero a cualquier descuidero podía llamarle la atención y obsequiarla con un desagradable jalonazo.

Como si alguien la hubiera advertido, se apresuró a abrir su bolso de piel negra y guardó el dinero, sacando después un pequeño paraguas plegable. Lo abrió y se disolvió entre los transeúntes de la gran urbe.

Aquella tarde de principios de invierno se parecía a cualquier otra tarde, no tenía nada de particular. La anterior había llovido también y era muy posible que al día siguiente volviera a llover.

Tomó el autobús. Sacó unas monedas, pagó y cuando se hubo sentado se preguntó a sí misma:

«¿Adónde voy ahora; por qué he tomado este autobús?».

Mistress Wood se aburría. Para ella, un día era exactamente igual a otro.

Viuda, con una hija estudiando fuera de Londres, en Oxford, sentía la abulia sobre sí como una asfixiante atmósfera que la ahogaba.

Se había visto estrangulada por diversas depresiones psíquicas y había tenido que visitar a varios médicos, en especial psiquiatras para que la sacaran adelante; pero cuando le recomendaban que se volviera a casar, que viajara o que tuviera algún amigo muy íntimo, y con ello se podía suponer todo, mistress Wood cambiaba de médico y salía de la depresión con algunos euforizantes recomendados por su amiga y vecina Deborah Keller.

Careciendo de receta no era fácil obtener euforizantes de

procedencia farmacológica y no del mundo de la droga, mas Deborah Keller los conseguía por mediación de una sobrina que trabajaba en un hospital o, por lo menos, eso le decían.

Con aquellos fármacos recetados por su vecina, Joan Wood no visitaba ya a los psiquiatras y salía adelante de sus depresiones más intensas, pero no de la abulia.

Se sentía como si la hubieran encerrado dentro de una olla a presión, taponando la válvula, por lo menos ésa era la explicación que ella daba. No podía escapar y se ahogaba, se ahogaba.

Le hubiera sido relativamente fácil escapar tomando un tren, un avión o un barco con los prometedores viajes turísticos a España, Italia o Grecia, viajes baratos que sugestivamente anunciaban por televisión, periódicos y otros medios de información pública, mas mistress Wood, aunque se negaba a admitirlo, tenía miedo a salir de su isla, como si fuera de Inglaterra estuviera lleno de monstruos dispuestos a devorarla.

El mundo civilizado, para Joan Wood, se concentraba en su Inglaterra natal y cuando

puntualizaba aquello a su hija, con claro menosprecio para el resto del mundo, la muchacha se reía y su madre se malhumoraba.

Quería escapar al tedio ya inserto en sus huesos reumáticos cuando se preguntó:
—¿Qué voy a hacer con el dinero que acabo de ganar en el bingo?

Joan Wood tenía su problema económico resuelto gracias a la pensión de viudedad que le había dejado su esposo al fallecer en un accidente de ferrocarril y siempre que no se extralimitara en sus gastos.

No podía hacer dispendios extras, a lo máximo que se atrevía era a perder unos chelines en el bingo. El juego la excitaba y para ella resultaba un estimulante; pero conservadora por tradición y por convencimiento, cuando perdía lo que había presupuestado gastar, abandonaba el local, lo mismo que había hecho aquella tarde de invierno al ganar unas cuantas libras, ciento doce en total.

Había quedado anonadada ante aquel premio. Nunca había ganado tanto dinero en ninguna clase de juego. No era una fortuna, pero sí un dinero extra que podía gastar alegremente en lo que le viniera en gana sin estropear su minucioso y controladísimo presupuesto.

Se dijo que podía comprarle algo a Janet, su hija, y también se compraría algo para ella. Podía ir a Carnaby Street, su hija iba a agradecérselo; claro que también podía dirigirse a Portobello y adquirir algún objeto de arte.

Ceñuda, volvió a preguntarse: «¿Por qué he tomado este autobús, adónde me va a llevar?»

Lo cierto era que había caminado sin rumbo, no tenía prisa por llegar a parte alguna. Era obligado regresar a su casa para cenar y dormir, mas todavía era temprano.

Había salido del bingo al encontrarse con el dinero en la mano; en realidad había huido del juego de azar como temerosa de que le arrebataran lo que había ganado.

Después, bajo la lluvia, había caminado entre personas oscuras, grisáceas, pardas tal vez. Ella había sido una más y como sintiéndose gregaria, un animal de manada, se había puesto junto a otros que esperaban algo, y ese algo era un autobús.

Cuando el vehículo había llegado, ella subió como los demás. Había plegado su paraguas, sacudido el agua y tomado asiento. Había escapado de la fría lluvia y ahora viajaba, no sabía adónde.

A través del cristal de la ventanilla, perlado de gotas, vio algo que llamó su atención. «Royal Symbol Gallery. Hoy tarde, subasta de objetos de arte.»

—¡Por favor, por favor, me apeo aquí! —exclamó, levantándose de su asiento. Lo había decidido de pronto.

Las ruedas del vehículo frenaron sobre el asfalto mojado y cuando reanudaron la marcha, la figura de mistress Joan Wood, embutida en unas ropas oscuras que la envejecían, se hallaba en la calle.

Corrió para no mojarse, pues no pensó en desplegar de nuevo su paraguas. Su objetivo estaba cerca y se llamaba Royal Symbol Gallery.

Cuando se introdujo en la sala de subastas, escuchó un murmullo tras unos sonoros mazazos de adjudicación.

Experimentó una hasta entonces desconocida y agradable sensación al verse sentada en la sala de subastas, rodeada de gente importante. Supuso que allí iban a comprar joyas

preciosas y muy valiosas, obras de arte y otras cosas.

Joan Wood no había estado antes en una sala de subastas de aquella clase. Ahora, con aquellas ciento doce libras que llevaba en el bolso, se sentía rica y por ello estaba sentada, esperando. Los que la rodeaban le llevaban una gran ventaja. Ellos ya habían vis-to con detenimiento y tras exámenes periciales muy escrupulosos, lo que se iba a subastar; en cambio, ella había caído allí y no sabía exactamente cómo.

Era una tarde extraña, diferente, como si le hubieran quitado la válvula de la olla a presión en que se creía encerrada.

—Ahora, tenemos un juego de tazas de la dinastía Ming en el que sólo falta una de sus piezas que, según consta en la documentación, fue rota hace ciento treinta años. El resto está completo y perfectamente conservado. La subasta se abre con cien libras.

Llevaron en una bandeja las tazas que quedaron a la vista del público asistente, que ya conocía las piezas.

Joan Wood observó como la subasta subía de diez en diez libras. No tardó en sobrepasar la cifra de doscientas y experimentó una sensación como de regocijo y escalofrío al propio tiempo al comprobar que el juego era adjudicado en quinientas cincuenta libras.

La calefacción de la sala funcionaba perfectamente y de sus ropas se desprendía un imperceptible vaho; el agua de la lluvia se evaporaba lentamente. Mistress Wood no se había quitado el abrigo y seguía sentada, con su bolso de piel negra sobre las piernas y las manos encima del bolso.

Comenzó a perder las esperanzas de poder comprar algo en aquella subasta. Los precios ascendían rápidos, con una velocidad que le producía vértigo. Sus ciento doce libras fueron empequeñeciendo; empezaba a darse cuenta de lo poco que eran ciento doce libras cuando se pretendía adquirir algo valioso.

—Ahora, *ladies and gentlemen,* sale a subasta el castillo Roxlasky.

Entre cuatro empleados uniformados llevaron una gran caja oscura de madera que más semejaba un largo ataúd que un baúl.

Abrieron uno de sus costados y mistress Joan Wood, por la colocación de la butaca en que se hallaba sentada, no alcanzó a ver lo que había en su interior.

No prestó atención a aquella gran caja oscura, con herrajes gruesos y negros. Resultaba difícil admitir que aquella caja la hubieran hecho actualmente, imitando un objeto antiguo. Tenía el enigmático sello de lo que es antiguo y verdadero.

—Se abre la subasta con cien libras por el castillo del conde Roxlasky...

Se produjo un gran mutismo, nadie dijo nada.

De súbito, mistress Wood tuvo la impresión de que todos la estaban mirando a ella, como esperando que pujase, lo cual resultaba absurdo. Ella estaba muy lejos de poder comprarse un buen apartamento moderno en Londres, ¿cómo iba a adquirir un castillo?

Sorprendiéndose a sí misma por su gesto, levantó el dedo índice por encima de la altura de sus ojos.

—¿Nadie da más, nadie ofrece ciento diez libras? Es una joya auténtica, de gran valor

—dijo el subastador sin demasiado entusiasmo.

Parecía como si la difícil arrancada de la puja le hubiera dado a entender que poco se iba a sacar de aquel castillo puesto a subasta.

Con su ojo clínico, extremadamente experto, había catalogado de inmediato a la pujadora como una transeúnte, una mujer no habitual, alguien a quien se le podía cargar con algo difícil de sacar de la subasta, una cliente cuyo rostro posiblemente no volvería a ver jamás. No era una profesional y tampoco una compradora regular de obras de arte. Por su sombrero y su abrigo, sólo cabía deducir que tenía un poco de dinero ahorrado con esfuerzo o que alguien le había dejado en herencia.

Sonaron los característicos mazazos.

—¡Adjudicado a la señora por cien libras!

Mistress Joan Wood parpadeó, perpleja; no podía dar crédito a lo sucedido. ¡Acababa de comprar un castillo, el castillo de todo un conde, por sólo cien libras esterlinas! Era absurdo, casi estúpido...

Dibujó una sonrisa en su boca que resultó forzada y buscó miradas de admiración a su alrededor. Era ya toda una castellana, puesto que poseía un castillo. No halló ni siquiera miradas de indiferencia, nadie se fijaba en ella. Los concurrentes permanecían atentos a una nueva obra de arte que se preparaba para la subasta.

«Son tontos, nadie ha pujado por el castillo... ¿Estará totalmente en ruinas?», se preguntó, súbitamente desconfiada y recelosa. «Bueno, aunque esté en ruinas, siempre será valiosa la tierra donde se levanta el castillo.»

Le hicieron una seña para que pasara a la mesa.

Un poco aturdida, se levantó del asiento y apretó el bolso con más fuerza que nunca. Era como si dentro de él guardara ya toda la documentación del castillo.

—Deberá hacer el pago en efectivo ahora mismo —le advirtió el burócrata de la mesa mientras la miraba con cierta desconfianza, como si temiera que aquella mujer hubiera cometido una tontería de la que ya comenzara a arrepentirse.

—Sí, sí, claro.

Abrió el bolso y comenzó a sacar los billetes.

El empleado sonrió ligera y fríamente, dando un leve suspiro al inclinarse hacia delante para comenzar a extender la obligada documentación.

—¿Dónde, dónde está el castillo? —preguntó con cierta emoción y

duda. No se veía aún como propietaria de todo un castillo. La respuesta del empleado de las galerías la desconcertó.

—En el almacén.

—¿En el almacén? Le he preguntado —insistió vacilante—, le he preguntado dónde se encuentra el castillo que acabo de adquirir...

El empleado levantó la mirada del documento en el que estampó su firma y que remachó con un tampón de tinta violácea.

—Ya se lo he dicho, acaban de llevarlo al almacén. Vaya con este documento y se lo entregarán.

Con el papel en la mano, la mujer caminó hacia atrás desconcertada vacilante como si acabara de sumergirse en un mundo irreal que no comprendía.

No se atrevió a volver a insistir; le habían dicho que el castillo estaba en el almacén y hacia el almacén se dirigió tras preguntar a otro empleado.

—Conforme —aceptó el encargado del almacén.

Anduvo unos pasos y mistress Joan Wood le siguió. Caminaba sobre sus talones y

semejaba que de un momento a otro podía trastabillar y caerse de espaldas, pues su cuerpo, echado en exceso hacia atrás, parecía que no guardaba el debido equilibrio.

—Aquí lo tiene. ¿Desea llevárselo usted misma o que se lo lleven? Tenemos reparto, sólo le incrementaremos el precio en dos libras, es lo usual.

Mistress Wood se quedó mirando aquella especie de gran cajón de madera negruzca, madera vieja, con herrajes antiguos y que por su tamaño y forma era difícil saber si era un gran ataúd o un enorme baúl.

—Yo he comprado un castillo, el castillo del conde Roxlasky —advirtió, ya con cierta energía, mirando con rechazo aquel gran cajón o lo que fuera, de aspecto siniestro.

—Exactamente, señora, usted ha comprado el castillo del conde Roxlasky. ¿Desea darle un vistazo antes de llevárselo?.

—¿Un vistazo?

—Sí, para que vea que no le falta nada.

—Yo...

—No es ningún compromiso.

El empleado se acercó al cajón y tomando una llave que pendía de una cadena que seguía el mismo estilo del resto de herrajes, la introdujo en la cerradura. La giró y abrió.

Levantó la tapa que gimió ruidosamente y quitó unos pasadores laterales. Bajó el panel frontal y horizontal, de modo que abriéndose por arriba y por el frente, todo su contenido quedó al descubierto, sin trabas para ver o tocar.

Si mistress Joan Wood se hubiera introducido en una clínica de donación de sangre en aquellos momentos, no sólo no le podrían extraer una sola gota sino que le habrían tenido que extender un certificado de enfermedad grave. Sus labios temblaron y no supo si echarse a reír o a llorar.

—Aquí tiene su castillo, señora. ¿Se lo enviamos o se lo lleva usted? Le prevengo que pesa bastante, usted ni siquiera va a poder moverlo. No sé cómo harían esta maqueta, pero el peso es de pura piedra.

Allí estaba el castillo, algo más alto de un par de pies, con sus torres y almenas siniestras. Era muy oscuro todo él e inspiraba desasosiego; sólo faltaba ver volar a los murciélagos alrededor de las cúpulas cónicas de sus torres.

Delante estaba la explanada de tierra y una gran muralla que lo circundaba por completo. A la derecha, un- recinto que era un cementerio en miniatura con lápidas incluidas.

Era una maqueta que, filmada con ligeras precauciones, en pantalla se podía hacer pasar por un castillo real. No le faltaba detalle. Junto al cementerio había una especie de casita que en los desaguaderos del tejado tenía unas gárgolas pequeñas, pero igualmente siniestras, como todo el conjunto.

—¿Esto, esto es el castillo del conde Roxlasky? —balbució.
—Sí, señora. No creería que era uno de verdad, por cien libras...

Mistress Joan Wood comenzó a reír lentamente hasta terminar en una carcajada abierta.
—¡Tengo un castillo, un castillo!

CAPITULO II

La gran caja, que tenía todo el aspecto de un lúgubre ataúd, fue colocada sobre la resistente mesa despacho que el esposo de mistress Joan Wood utilizara en vida.

Aquella estancia había sido habilitada como despacho hacía muchos años, y a la muerte de míster Wood, Janet lo había empleado para estudiar y la viuda para coser y repasar semanalmente sus gastos y pequeñas documentaciones domésticas.

En realidad, el despacho había ido perdiendo su personalidad de tal y allí se habían acumulado objetos y cachivaches desechados de otros lugares de la casa.

Sin embargo, como entraba buena luz por su ventana, Joan Wood lo había escogido para coser, escuchar su transistor o ver la televisión. Ahora había venido a turbar la paz de aquella estancia la presencia de la gran caja conteniendo la maqueta del castillo del conde Roxlasky, pues ése era el nombre que se le había dado.

—¿Qué le vamos a hacer? —suspiró mistress Wood—. Una estupidez cualquiera la comete en la vida...

Se acercó a la gran caja y la golpeó con los nudillos.
—Parece fuerte... —comentó.

Descubrió unos signos tallados en la madera de lárice (1), pero tan desgastados que apenas se veían a cierta distancia. Trató de descifrarlos y le fue totalmente imposible.

(1) Madera de árbol conifero, de mala o casi nula combustión.

—La regalaré a alguna subasta de beneficencia, pero primero esperaré a que la vea Janet, así podrá reírse de mí a gusto. Claro que, quizá fuera bueno llevarla a Portobello, a lo mejor me dan lo que he pagado por ella, pero no, no lo creo... Lo cierto es que nadie pujó por ella, sólo yo, como una boba. Creí que había comprado un castillo, infeliz de mí. Sólo a mí podían endosarme algo como esto, una maqueta de un castillo que pomposamente llaman el castillo del conde Roxlasky. ¿Tendrá algún valor artístico? Después de todo, parece algo muy antiguo y todo lo que es antiguo sube de valor. ¡Hum, quién sabe!, a lo peor es una mala imitación. La verdad es que soy tan torpe... Me parece que le diré a Janet que ha sido un capricho y que he pagado veinte libras, nada más. Lo malo es que si ve la factura me

descubrirá. Veamos qué tal resulta aquí el castillito...

Con la llave que colgaba de la cadena, abrió la cerradura.

Al levantar la tapa se dio cuenta de lo pesada que era. Después, quitó los pasadores y bajó el lado frontal, largo y de casi cuatro pies de alto.

—Uf, cómo pesa. Menos mal que la he hecho colocar sobre la mesa escritorio, que es muy resistente. Las vecinas creerán que he comprado un nuevo lava- vajillas super alto, de esos que ahora están de moda —se dijo, recordando que la caja había llegado a su casa bien embalada, transportada por los empleados de la Royal Symbol Gallery.

Observó con detenimiento el castillo, ya dejada atrás su primera y gran decepción. Trató de buscar y ver los valores de aquella especie de maqueta, si es que así podía

considerarse, pues ignoraba si existía un castillo idéntico a aquél, pero de dimensiones normales.

El pequeño castillo de piedra negruzca le pareció ahora más siniestro que en el

almacén de las galerías. Vio el muro que lo rodeaba, la explanada que había entre el muro y el castillo, el cementerio y la casita junto al cementerio, con sus diabólicas gárgolas.

Todo era perfecto, pero en miniatura, no le faltaba detalle. No obstante, el conjunto era demasiado pesado y voluminoso para que alguien se interesara por él. Tampoco parecía muy divertido como para exponerlo en un colegio o local social.

Tenía algo fúnebre y desagradable, y hasta despedía un hedor que hizo que mistress Joan Wood se fuera al *o ffi ce* y sacara un *spray* desodorante. Luego, abrió la nevera y de ella extrajo un bote de chocolate helado.

Cogió una cucharilla y con todo ello regresó al despacho.

Vaporizó con el *spray* con aroma de pino y después se sentó en el balancín, comenzado a comer el chocolate helado.

Se hizo de noche; quizá la noche llegó antes porque la tarde invernal era lluviosa, una lluvia que, en ocasiones, arreciaba y golpeaba los cristales.

Se levantó y encendió la luz de la mesa, del tipo focal y movible.
—¡Mujer, mujer!

La voz era lúgubre y sonaba lejana. Joan Wood miró en derredor, todavía con la cucharilla y el vaso de chocolate en la mano.

No vio a nadie, como era lógico, y tuvo la impresión de que su mente le estaba jugando una mala pasada. Volvió a hundir la cucharilla en el vaso, donde apenas quedaban restos del chocolate consumido.

—¡Mujer, mujer! —insistió la llamada.
—¿Quién es, me estaré volviendo loca?

Se escuchó un aullido de lobo que también semejaba venir de muy lejos.
—Mujer, te hablo yo, el alquimista Crowen, al servicio del conde Roxlasky...

Mistress Joan Wood se asomó por encima del muro de la maqueta y descubrió a una especie de monje encapuchado cuyo rostro era difícil ver con claridad.

Era un personaje diminuto, guardando una exacta proporción con el resto del castillo y el muro. Junto a él, un lobo de ojos fosforescentes. Pese a su pequeñez se veían con gran nitidez.

—Eso es una tontería —dijo para sí.

—Mujer, escúchame. No sueñas, yo soy real, el alquimista Crowen. Por una maldición, mi amo y señor, el conde Roxlasky, yo y cuanto nos rodea, fuimos reducidos a este estado.

—Vaya, este truquito no lo conocía. ¿Funcionará automático? —se preguntó mistress Wood, mirando aquella especie de monje y al lobo que, de vez en cuando, aullaba.

Introdujo la mano por encima del muro para bajar sus dedos y tomar con ellos al monje alquimista. De pronto, sintió como si su mano se abrasara; era como si la hubiera introducido entre brasas al rojo vivo. Dio un leve grito, sacando la mano de inmediato, con la sensación de que estaba quemada.

—¡Mujer, escúchame!
—¡No, no quiero escuchar! ¿Qué truco es éste?

—Mujer, tú puedes ayudarnos, está escrito... Puedes ayudarnos a morir y así escapar de esta maldición. Hazlo y serás recompensada generosamente, lo juro.
—No, no quiero saber nada —balbució, retrocediendo—. Está embrujado... Pero, no,

no es posible, no hay brujas, todo es mentira, me vuelvo loca...

—Mujer, el conde Roxlasky necesita doncellas para escapar a la maldición. Serás recompensada por cada una que nos traigas.

En aquellos instantes sonó el timbre de la puerta.

Mistress Joan Wood, frotándose la mano que le escocía, miró hacia el corredor y luego al siniestro castillo. Sacudió la cabeza.

—Es una pesadilla, una pesadilla estúpida. Estoy demasiado tiempo sola y eso no es bueno...

El timbre sonó de nuevo, insistente.

—Buenas noches, mistress Wood.

En el umbral de la puerta había una jovencita con aire estudiantil. Llevaba una carpeta y un bolígrafo en la mano.

—Hola, Mary. ¿Qué deseas?

—Me faltan unos datos para una composición. Como su biblioteca es tan amplia vengo a molestarla una vez más.

—Pues... —vaciló.

—Estaré en seguida, sólo son unos datos —le dijo la chica de cabello castaño oscuro entrando en la casa como tantas veces había hecho, sin que nadie se lo impidiera.

Mary era hija de Gloria Hudson, una vecina con la que mistress Wood tenía buena amistad. Mary había entrado en aquella casa desde pequeña, era amiga de Janet Wood, sólo que la diferencia de tres años las había distanciado.

—Un momento, Mary —pidió, caminando tras la jovencita.

—¡Oh, mistress Joan, qué castillo tiene usted aquí!

Mistress Wood se acercó. Miró hacia el interior del castillo y no vio nada anormal, todo estaba como debía. Pensó que su imaginación le había jugado una mala pasada.

—Verás, Mary...

—No tema, mistress Wood, no voy a tocar nada. Consulto unos libros y la dejo tranquila; mi madre me está esperando ya con la cena, sólo serán unos minutos.

—Está bien.

—¿Ha comprado este castillo para usted?

—La verdad es que lo he comprado en una subasta, es una pieza muy valiosa.

— ¿Y para qué la ha comprado? Aquí, sobre la mesa, la ocupa por entero. ¿Lo va a dejar siempre como está ahora?

—No lo sé, la verdad es que sí ocupa demasiado espacio. Es un regalo que pienso hacerle a Janet.

—¿Y a Janet le gustará esto?

—Pues, no sé. A lo mejor se lo quiere regalar a algún profesor de Oxford, ya sabes lo raros que son allí. Como es una pieza valiosa y auténtica según me han asegurado, pues yo no entiendo mucho de estas cosas, seguro que le gusta.

—Parece un poco siniestro, ¿no?

—Es cierto.

—Da la impresión de ser algo real. Es como si nosotras fuéramos gigantes acercándonos a este pequeño castillo.

—Verás, Mary, tengo algunas cosas que hacer...

—Sí, sí, claro, mistress Joan. Yo tomo las notas y luego la dejo en paz, perdóneme por molestarla. Si Janet estuviera aquí me comprendería y me ayudaría a buscar en los libros. Tienen ustedes mucha suerte de poseer esta biblioteca particular. Su esposo era un hombre muy culto e interesado por los libros. Si me caso algún día, será con un hombre al que le gusten mucho los libros.

—Sí, es lo mejor —respondió mistress Joan Wood, convencional.

Se fue a la cocina y se preparó algunas cosas para cenar pese a haberse tomado el helado de chocolate.

De pronto, la luz de la bombilla se hizo mucho más intensa. Duró así unos segundos mientras ella se la quedaba mirando, casi cegada. Luego descendió la intensidad hasta quedar normal.

—Vaya, no funciona muy bien el transformador del distrito. Si siguen haciendo esto nos van a fundir las bombillas —se quejó.

Cenó, limpió la cocina y viendo que Mary no aparecía, fue hasta el despacho donde seguía encendida la lámpara de sobremesa.

—¡Mary!

Nadie respondió.

—¿Se habrá marchado? —se preguntó, cuando llamaron de nuevo a la puerta.

Se acercó maquinalmente a la lámpara y sin mirar nada, cerró la luz. Después acudió a la puerta donde apareció su vecina Gloria Hudson.

—Joan, ¿has visto a Mary?

—Sí.

—¿Está en tu casa?

—No, estaba. Por lo visto, mientras yo cenaba, se ha marchado sin decir nada.

—¿Que se ha marchado, adónde?

—¿Y yo qué sé? Es tu hija, tú sabrás adónde habrá podido ir. Tendrá algún amiguito.

—Sí, hay un par de chicos que la siguen, pero no sé, ya debería estar en casa...

—Eso creo yo también.

—Bueno, ya veré qué le digo a su padre.

—No seáis demasiado severos con la chica, no es para tanto. Ya sabes lo que dicen en la televisión sobre la libertad que hoy exige la juventud.

—Eso, Cuéntaselo a mi marido, que es un *tory* como tú, Joan. La vecina se marchó y mistress Wood cerró la puerta.

Pensó en ver un poco de televisión, pero se sentía cansada. Había sido un día excitante, raramente excitante, desacostumbrado para ella.

No le había contado nada a su vecina del castillo que había comprado, pensó que ya se lo explicaría su hija.

Fue hacia su alcoba y escuchó unos gemidos muy lejanos, unos gemidos y quizá unos gritos que podían confundirse con los mil ruidos nocturnos de la ciudad.

No hizo caso y se acostó. Fue una noche desastrosa; durmió mal, tuvo pesadillas coloreadas en rojo, esmeralda y negro. Tuvo la impresión de que visitaba profundas grutas que conducían al infierno, donde multitud de seres se retorcían de dolor. Eran seres repugnantes, medio corrompidos, como si hubieran abandonado sus tumbas después de pasar varios meses dentro de ellas.

Cuando despertó a la mañana siguiente, sacudió la cabeza como para apartar de ella aquellos pensamientos.

—Debo andar muy mal de los nervios —se dijo—: Esta noche tomaré algún somnífero, será la emoción del premio del bingo y después, la dichosa subasta.

De pronto, sobre la mesita de noche descubrió una bolsa de cuero, una bolsa como tantas veces había visto dibujada en los libros de cuentos o representada en las películas históricas.

Ella no la había dejado allí y no sabía cómo había llegado.

Alargó la mano con cierto temor y la tomó, sopesándola. Comprobó que para su tamaño era muy pesada. La sacudió y sonó un tintineo que le hizo fruncir el ceño.

La abrió, introduciendo la mano en su interior y comprobó que había muchas monedas. Sacó una de ellas y le pareció de oro.

—¿Será falsa?

Se levantó con la bolsa en una mano y la moneda en la otra. Fue hasta la cocina y puso la moneda sobre un platito. Vertió vinagre sobre ella y aguardó expectante.

Cuando juzgó que había transcurrido el tiempo suficiente, se excitó todavía más: La moneda no se había alterado lo más mínimo.
—¡Es oro, oro puro!

Volcó el contenido de la bolsa sobre la encimera *y* observó las monedas con codicia. Las contó y exclamó:
—¡Cincuenta!

Miró en derredor como si de pronto temiera ser descubierta, aunque sabía que estaba sola en la casa. Volvió a guardar las monedas en la bolsa a excepción de la que había empapado en vinagre, que dejó aparte. Guardó la bolsa de cuero dentro de un bote de plástico de la despensa y secó cuidadosamente la moneda que había apartado.
—¿Quién habrá puesto las monedas aquí?

Se dirigió al despacho, desconcertada. La claridad matinal de un día nublado se filtraba por la ventana.

El castillo del conde Roxlasky atrajo de inmediato su atención. Se acercó a él porque le pareció que alguien rascaba algo; era un ruido apenas perceptible. Mistress Wood dio un respingo al descubrir al alquimista Crowen en el pequeño cementerio que había junto al castillo. Se hallaba allí, con una pala cavando una fosa.

—No puede ser...

El diminuto lobo comenzó a moverse inquieto y gruñó, mostrando sus colmillos.

El alquimista, que vestía su sayo pardo con capucha cubriéndole la cabeza, se volvió, descubriendo a mistress Wood.

—Mujer, has cumplido y te hemos recompensado: Cincuenta monedas de oro es un buen pago por una doncella.

La cincuentona tuvo la sensación de que la moneda de oro quemaba en su mano, mas no la soltó.

—Todo esto es un truco. No puedo creer que tengas vida propia, eres demasiado pequeño.

—Conoces muy poco de los poderes diabólicos, mujer, muy poco, pero si continúas ayudándonos, serás recompensada, no te arrepentirás.

El alquimista abandonó el cementerio y el lobo quedó como vigilando la fosa recién abierta.

Joan Wood vio desaparecer la figura de Crowen por una puerta lateral del castillo; al poco reapareció por ella conduciendo un carrito sobre el que transportaba un ataúd que guardaba proporción con las medidas del propio Crowen. También llevaba un saco que parecía pesar mucho.

Detuvo el carro junto a la fosa y después fue a la casa que había al lado del cementerio. Sacó un trípode del que colgaba una polea con una cuerda, trípode que instaló sobre la fosa.

Abrió el ataúd y mistress Joan Wood sintió un tremendo escalofrío.

Allí yacía la figurita blanca y totalmente desnuda de una chica que estaba muerta y que había manchado de sangre lo que la rodeaba. Parecía haber sido flagelada bestialmente y su rostro tenía un rictus de dolor que sobrecogía.

—Hay que cubrirla de sal para que su cuerpo no se corrompa del todo y se pueda mostrar el día de cuentas.

El alquimista comenzó a echar la sal que traía en el saco sobre el cadáver para ir cubriéndolo.
—¿Quién..., quién es ella?
—¿Quién va a ser, mujer? Es la doncella, Mary.

Le parecía estar viviendo una horrible pesadilla, mas no podía contársela a nadie. ¿Quién iba a creerla si decía que tenía un castillo en miniatura donde vivía un

alquimista llamado Crowen con su lobo y que servía a un tal conde Roxlasky que, por las dimensiones del castillo, se suponía que también era diminuto?

Todo parecía un cuento del medievo, un cuento de *gnomos* y gigantes. Ella era el gigante y el alquimista, el *gnomo.*

Iba a decirse que no podía ser, que ella vivía inmersa en el siglo veinte donde tales cosas no ocurrían, donde todo tenía una explicación científica, cuando en el suelo descubrió un montón de ropa que le hizo fruncir el entrecejo. Se inclinó, recogió la ropa y la observó con detenimiento.
—¡Mary!

Era la ropa de Mary, no cabía duda alguna y debajo de la ropa estaba la carpeta de la muchacha.

Volvió a mirar al cementerio y ya el ataúd descendía al interior de la fosa, colgado de la cuerda.

—¡Crowen!

—¿Me llamabas, mujer? —inquirió el alquimista, ya soltando la cuerda porque el ataúd había tocado fondo en la fosa.

—¿De verdad es Mary la que estás enterrando?

—Sí, es Mary, el conde ha quedado satisfecho, era jovencísima. Debes traer más, hasta veinte, para que llegue la liberación.

—¿Por qué, por qué?

—En otro momento te lo contaré, mujer, ahora tengo trabajo, he de cubrir la fosa.

—Sí, sí, claro.

Movió la ropa de Mary entre sus dedos. Se lo había dicho el mismísimo y siniestro

Crowen, cuyo rostro, por lo pequeño, no podía ver con claridad. Tampoco mistress Wood era un lince con la vista, pues para coser se veía obligada a usar gafas, gafas que ahora no llevaba puestas.

Entonces se le ocurrió que si quería demostrarse a sí misma que todo aquello no era una pesadilla, una mala broma de su mente, podía fotografiar lo que en aquel pequeño castillo ocurría: Lo que las fotos mostraran sería la realidad y entonces, con ellas, sí podría dirigirse a un psiquiatra.

Buscó la cámara y cuando la tuvo dispuesta para disparar, ya no estaba el alquimista Crowen ni su lobo.
—¡Crowen, Crowen! —llamó sin resultado.

El castillo aparecía ahora tan vacío, tan inerte, como cuando se lo mostraran en la Royal Symbol Gallery, donde lo había comprado por sólo cien libras.

Se encogió de hombros y dejó la máquina de fotografiar lista en la estantería. Si volvían a aparecer aquellos diminutos seres, podría fotografiarlos.

Tomó las ropas de Mary y la carpeta y lo puso todo dentro de una bolsa de plástico que guardó en el *office.*

Aturdida, no sabía si por lo que ocurría o por la pésima noche pasada, salió a la calle llevando consigo la moneda de oro que encontrara en la extraña bolsa de cuero donde quedaban cuarenta y nueve más iguales.

Se dirigió al centro de la City, penetrando en un establecimiento especializado en filatelia y numismática. Estaba un tanto recelosa, como sintiéndose culpable de algo y no sabía de qué.

—Buenos días. ¿Deseaba usted algo?
—Verá, tengo una moneda...

El hombre esbozó un gesto casi de desagrado. Recibía muchas visitas de personas que pretendían venderle monedas raras que consideraban de gran valor, y la mayoría de las veces, su valor histórico era parejo al metálico, es decir, nulo.

—Solemos vender más que comprar.

—Sí, claro, pero usted podría decirme el valor de la moneda que

traigo, siendo un especialista en la materia.

—Está bien, veamos la moneda.

Joan Wood sacó la moneda de oro que puso sobre un terciopelo negro y la moneda brilló rutilante. El gesto inicial del especialista fue de aprobación. La tomó entre sus dedos, la observó por sus dos caras y por el canto y después, siempre en silencio, tomó una lupa gruesa, escrutándola con atención.

—¿Dónde ha encontrado esta moneda, señora?

—Pues, la ha traído mi hija de un viaje que ha hecho al extranjero...

—Sin duda alguna debe ser así. Es una moneda rumana del siglo XIII. Tiene un valor histórico apreciable, además de su peso en oro.

—¿Cuánto vale? Le pareceré muy práctica, pero es que quisiera tasarla.

—¿Cuántas tiene como ésta?

—Ño sé, no sé las que puede tener mi hija...

—Le ofrezco veinte libras, es un buen precio.

—¿Veinte libras? No, no, deme, deme...

El especialista se resistía a devolver la moneda que, por rara y valiosa, le interesaba vivamente.

—Treinta, no puedo darle ni un chelín más y si me vende todas las que tenga a mí, es decir, ninguna a otro colega, puede que le suba algo el precio.
—Bien, bien, lo tendré en cuenta.
Tomó la moneda y se apresuró a salir a la calle.

—¡Señora, señora, vuelva!
Joan Wood se alejó, en su cabeza bullían las cifras.

Cincuenta monedas, a treinta libras, eran mil quinientas libras, una fortuna. Para otra persona, habituada al dinero, aquella cifra no sería excesiva, mas para la viuda Wood, que vivía de una pensión modesta, sí era una fortuna que si no la hacía rica, cuando menos iba a librarla de algunas preocupaciones.

—¡Señora, señora!

Se detuvo. Una joven, cargada con una maleta de plástico, acababa de interpelarla en plena calle.
—¿Qué quieres?

—Buscaba una pensión asequible. Acabo de llegar a Londres y, bueno, buscaba algo económico y como no conozco a nadie aquí...
—¿Has venido sola a Londres?

—Sí, quiero abrirme camino por mí misma, estoy dispuesta a todo. Mistress Wood vaciló. Al responder, lo hizo con cierta indecisión.

—Yo tengo a mi hija en Oxford y hay una habitación libre en casa. Podría rentártela por un precio módico, la verdad es que no me gusta estar sola.
—Sólo podré pagarle cuatro libras a la semana.
—De acuerdo, ya hablaremos de la comida. ¿Te parece bien?
—¿Cómo no? La sigo...

Y se marcharon juntas.

CAPITULO III

—¿Puedes aguardar uno poco en el despacho mientras dejo lista la habitación? Sólo serán unos minutos.

—Como usted diga —aprobó la joven que creía haber encontrado hospedaje en casa de mistress Wood—. ¡Oh, qué castillo tiene usted aquí...! ¿Es una reproducción a escala?
—Creo que sí.
—Parece muy antiguo.

—Lo es.
—¿Es suyo?

—Sí, lo compré en una subasta de la Royal Symbol Gallery.

—¿Y para qué lo ha comprado, si no es indiscreción? El conjunto del castillo con el arcón resulta muy grande para este despacho, ocupa toda la mesa y sobresale por los lados.

—Sí, es algo grande, no tomé bien las medidas.

—De todos modos, pese a tener un aspecto siniestro, parece muy artístico. Creo que nunca me hubiera gustado vivir en un castillo como ése.
—Es el castillo del conde Roxlasky y su alquimista Crowen.
—Suena a novela gótica, a novela sádico-fantástica, ¿no cree?

—Bueno, si no voy a arreglar la habitación no acabaremos nunca. Crowen ya nos habrá oído y estará atento.
—¿Crowen?
—Sí, el alquimista.

La joven, desconcertada acabó encogiéndose de hombros mientras volvía a observar el castillo con mucha atención.

Joan Wood salió al corredor y una vez en él, apoyó la espalda contra la pared. Estaba muy nerviosa y el corazón le palpitaba con fuerza, sentía como un ahogo que la asfixiaba.

No escuchó nada de particular y acercándose a la puerta entornada, arriesgándose a ser descubierta, observó furtivamente lo que ocurría en el despacho.
La joven desconocida se hallaba frente al arcón del siniestro

castillo.

Bruscamente, su cuerpo comenzó a iluminarse como si se hiciera incandescente. Luego, la figura femenina tomó un color verdoso, después pardo y finalmente se apagó, desapareciendo como si fuera un espíritu.

En el suelo quedaron todas sus ropas y efectos en un montón, como encontrara las ropas de la vecinita Mary.

Mientras esto ocurría, la viuda Wood notó una subida de intensidad en la luz de las bombillas del pasillo.

—¡Socorro, auxilio! —gritaba una voz femenina, muy lejana.

Joan Wood entró sigilosamente en el despacho y se acercó al castillo para observar lo que ocurría.

Vio una figura femenina, totalmente desnuda y con la cabellera suelta, que corría por la explanada del castillo, perseguida por el lobo del alquimista que le mostraba sus agudos colmillos.

La joven que pedía auxilio llegó a la gran puerta del muro, agarrándose a ella pero sin conseguir abrirla, pues su tamaño había quedado reducido proporcionalmente a las medidas de todo el conjunto del castillo.

La joven quedó cercada por el lobo.

Mistress Wood, que lo estaba viendo todo, se apresuró a tomar la cámara fotográfica y disparó varias veces, especialmente cuando apareció el alquimista Crowen caminando hacia la muchacha.

Llevaba un látigo colgado del cinto y también unas cadenas con grilletes.

La chica, al verle acercarse, gritó más y más, pero no pudo escapar, el lobo la sujetó por un tobillo, haciéndola sangrar.

El alquimista Crowen la cogió por la cabellera y la hizo doblegarse hasta tenderla en el suelo. Le puso los grilletes en las muñecas y así la arrastró hasta la puerta principal del castillo.

Era obvio que no había piedad para la muchacha que quedó colgada por las muñecas de una argolla que había junto al umbral.

El lobo se sentó sobre sus cuartos traseros y el alquimista Crowen estiró su látigo. Lo hizo restallar en el aire y comenzó a flagelar a la joven que gritó de terror y dolor al mismo tiempo.

Mistress Joan Wood no hizo nada por salvarla de aquella situación cruel y terrorífica. La suave piel blanca se abría a tiras, aparecía la carne y la sangre manaba por los cortes que el látigo infligía a su cuerpo joven y terso.

Los gritos se fueron acallando hasta pasar a los gemidos y por último, hasta los gemidos dejaron de oírse. Al fin, tras un tiempo que a mistress Wood se le antojó interminable y que la mantuvo como agarrotada tras hacer algunas fotografías, Crowen dejó de aplicar el látigo a su víctima que ya estaba empapada en sangre, sangre que llegaba y teñía el suelo pétreo.

La cabeza femenina pendía inerte y tenía los ojos abiertos. Estaba muerta.

Crowen le quitó los grilletes de las manos, la cargó entre sus brazos *y* llevándola como si fuera una macabra ofrenda, se internó en el

castillo del conde Roxlasky.

Joan Wood fue al cuarto de aseo y allí vomitó todo lo que había comido aquel día. Buscó torpemente en el botiquín haciendo caer varios frascos hasta que encontró un

somnífero. Aparté cuatro tabletas y se las tragó precipitadamente con ayuda de un poco de agua.

Después, fue a su habitación y se encerró por dentro. Se desnudó y se metió en la cama, cubriéndose hasta la cabeza, suplicando que el sueño llegara pronto.

Cuando despertó, abrió los párpados de súbito, como quien abre de golpe dos ventanas desprovistas de cortinas, dejando que donde antes reinaba la oscuridad, penetrara el sol a raudales. Así, la luz entró en su cerebro.-

Recordaba las horribles pesadillas de gente que se retorcía en simas avernales, seres corruptos, agusanados, faltos de miembros y con órganos al descubierto, pesadillas espectrales que encogían el corazón, provocando un dolor intenso en el pecho.

Apartó la ropa de su cabeza y miró hacia la mesita. Buscaba la bolsa de cuero con las valiosas monedas dentro; mas, en la mesita no había nada, absolutamente nada.

Esperaba encontrar una bolsa de oro igual a la primera y se sintió decepcionada,

mareada y hasta con un algo de rencor dentro de sí. Se levantó y fue a la cocina.

Buscó el bote de plástico, lo abrió y suspiró más tranquila al ver la bolsa de cuero dentro. La sacó, comprobó que las monedas de oro rumanas seguían allí y volvió a cerrar el bote.

Basculando a derecha e izquierda como si estuviera algo ebria, se dirigió al despacho por el corredor. Entró en la estancia y vio en el suelo las ropas y efectos de la muchacha que buscaba hospedaje en Londres.

Se acercó al castillo y escrutó la explanada, buscando al alquimista.
—¡Crowen, Crowen! —llamó, primero quedo y luego con más energía y apremio.

Se abrió la puerta de la casita adjunta al diminuto cementerio y apareció el alquimista que no avanzó, si no que le habló desde donde estaba.

—¿Me llamabas, mujer?
—Si.

—¿Qué deseas, has traído otra doncella?
—No, no me has recompensado por la última.

—¿Recompensar? —Se rió de una forma diabólica, una carcajada que aunque semejaba lejana llenó todo el despacho—. No era doncella y no te podemos recom-pensar. No ha servido para conjurar la maldición y hallar así la muerte que tanto ansiamos. Deben ser doncellas, recuérdalo, doncellas, así está escrito. Cumple con tu labor y resultarás beneficiada.

Mistress Wood quedó como frustrada. Tomó la máquina de fotografiar y las ropas que había en el suelo y salió del despacho, cerrándolo.

Observó las ropas de la chica y decidió meterlas en la habitación que le había pensado destinar.

Abrió el cuarto, encendió la luz y ahogó un grito de horror en su garganta. Tuvo que apoyarse contra la puerta para no desplomarse ante lo que estaba viendo.

La joven desconocida yacía sobre el lecho. Su cuerpo estaba abierto a latigazos, ensangrentado, horriblemente torturado hasta la muerte por flagelación.

Las manos estaban crispadas y los ojos, abiertos y vidriosos, semejaban mirarla con odio.

Casi en un arrebato, mistress Joan Wood tapó el cadáver con una sábana para no verlo. Salió de la habitación cerrándola con llave y guardándose ésta. Fue al baño y se duchó con agua fría para escapar al asco.

Algo más recuperada pero todavía temblando, no sabía si por el agua fría o el terror, se vistió. Tomó su bolso y de mano y salió a la calle.

Fue hasta un *shopping-center* donde compró una gran bolsa de plástico, resistente, y un baúl de considerables dimensiones forrado en plancha de aluminio que garantizaba su solidez.

Pagó y pidió que se lo enviaran a casa. Se fijó entonces en la jovencísima cajera y se dirigió a ella, interpelándola.

—Señorita, ¿sabe de alguien que pueda repasarme unas cuentas en casa? Son cuentas domésticas, poca cosa, quizá un par de horas. Por supuesto, pagaría los servicios y quedaría muy agradecida.

—Pues, no sé, un contable...
—Oh, no, es algo muy doméstico.

—Pues, si yo...

CAPITULO IV



—¿No tienes bastante por hoy? —inquirió Ian Norton a su compañera.

—No —respondió la joven, abriendo una carpeta que llevaba y mirando unos datos anotados en su interior—. Hay que aprovechar la tarde hasta exprimirla. Con esta escalera de vecinos podemos mejorar mucho la encuesta sobre las bibliotecas particulares. Cuando presentemos el estudio en el *college,* tendremos mucho éxito, seguro.

Ian Norton y Clare Evans era una pareja de estudiantes sin ninguna preocupación y aire algo hippy. Ambos eran altos y espigados, ella muy rubia y él, con el cabello castaño rojizo, lo mismo que su barba y bigote que le daban un cierto aire de corso.

—Ni se lo van a mirar, recuerda que te lo he advertido.
—No seas tonto, verás como saben apreciarlo.

—Quienes lo van a apreciar serán los fabricantes de estanterías para clase media y apartamentos reducidos.

—A los editores les interesará mucho esta encuesta —insistió la chica—. Sabrán mejor por donde encauzar sus ediciones y ventas. Estamos haciendo una encuesta en profundidad.

—Mira, por hoy ya estoy cansado de aguantar a amas de casa recelosas y otras empalagosas. Yo me voy a esa cervecería que hay en la acera de delante y si tú quieres continuar, ahí te espero.

—Está bien —suspiró resignada—. Luego dirán que sois los hombres los constantes.

—Yo no he dicho que las mujeres no seáis constantes; cuando os interesa algo sois peores que un cepo para lobos. Agarráis con los dientes y no soltáis prenda. Hasta ahora, encanto.

La joven se internó en la escalera de vecinos. Poseía un vestíbulo amplio, pero era un edificio antiguo, con escasa iluminación.

El ascensor, vetusto y chirriante, la subió hasta el último piso y se decidió a seguir adelante con su encuesta.

Llamó a la primera puerta y por unos segundos, tuvo la sensación de que un ojo la observaba por la mirilla. Al fin, la puerta se abrió y

apareció una mujer todavía de buen ver pese a estar ya en los cincuenta Era mistress Joan Wood.

—¿Qué desea?

—Buenas tardes. Disculpe, señora, estoy haciendo una encuesta para el *college* sobre las bibliotecas particulares. Cantidad de libros, especialidades, miembros de cada hogar que pueden consultarlos... Bueno, unas preguntas sin importancia que no la comprometen a nada y que luego, en conjunto, pueden servir para mucho.

Mistress Joan Wood observó el resto del rellano. Pasó junto a la joven y miró por encima de la baranda. Clare la miró un tanto preocupada.

—¿Busca a alguien?

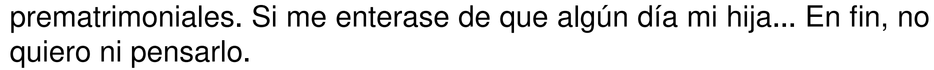
—Sí, a mi hija. ¿Va usted a la escuela?

—Sí, soy estudiante.

—Es usted muy joven.

—Pues sí, creo que sí —asintió Clare Evans sonriendo con cara de circunstancias.

—A mí no me caen bien las chicas que practican el amor libre ni las relaciones


prematrimoniales. Si me enterase de que algún día mi hija... En fin, no quiero ni pensarlo.

—Bueno, cada cual es libre de hacer lo que quiera con su vida.

—¿Usted sería capaz de practicar el amor libre o tener relaciones prematrimonales? — le preguntó de sopetón, mirándola directamente a los ojos.

—Si eso la tranquiliza, yo no soy partidaria de practicar el amor libre, aunque me importa muy poco que los demás hagan lo que les venga en gana. Cada cual que se preocupe de sí mismo —respondió Clare Evans.

Había hablado con sinceridad, pero al propio tiempo deseaba ganarse un poco a aquella desconfiada mujer para que la dejara entrar en su casa y allí realizar la encuesta.

—Pase, pase.

La casa olía de una forma rara y desagradable, el hedor parecía haberse pegado a las paredes. Era un olor a putrefacción, algo indescriptible, unas sensaciones que no agradaron a la muchacha, aunque sabía que cada casa olía diferente. Mas, aquélla olía peor que ninguna. Era como si hubiera bestias muertas en algún punto de la vivienda.

Por el corredor, mistress Wood la condujo hasta el despacho.

Allí había una luz de mesa colocada sobre un estante, ya que no cabía en el escritorio, ocupado en su totalidad por el singular castillo.

—¡Uau, qué preciosidad! —exclamó Clare—. ¿Es suyo?

—Sí.

—¿Lo ha comprado así o lo ha hecho alguien de la casa?

—No, no, es auténtico, muy antiguo y tiene sus leyendas. Es el castillo del conde Roxlasky.

—¿Y quién era el conde Roxlasky?

—No lo sé muy bien, pero un caballero que tuvo problemas allá por el siglo trece en tierras que hoy pertenecen a Rumania y a su país vecino. La verdad es que no lo sé con certeza.

—Pues, debería informarse. Si va a una biblioteca es muy posible que encuentre información al respecto. ¿El conde Roxlasky, ha dicho?

—Sí.

—Si me da tiempo, lo buscaré yo misma. Esto parece muy pero que muy interesante, aunque yo diría que también muy siniestro,

—Lo es, pero no me negará que tiene mucho realismo.

—Lo admito. Si este castillo es fotografiado adecuadamente, nadie podría saber si es verdaderamente grande o una miniatura. Todo es tan real... Las ventanas, las torres, la explanada... Oh, si tiene hasta cementerio con lápidas.

—Sí, hasta lápidas.

—Y parecen tener inscripciones. Con una lupa, quizá se podrían leer.

—Es muy probable. ¿No quería ver y contar los volúmenes de la biblioteca?

—Sí, a eso he venido.

—Pues, ahí los tiene. Es la mejor biblioteca que puede encontrar en todo el distrito.

—Es cierto, está usted bien provista de libros. Es sorprendente lo que puede esconder una casa que no llama la atención.

—Nunca se sabe donde puede saltar la sorpresa. Ahora, la dejo con Crowen.

—¿Crowen?

Clare Evans miró a su alrededor, como buscando a un perro o un gato.
—Crowen es el alquimista del conde Roxlasky.

Clare Evans quedó callada unos instantes. Luego sonrió y aceptó las palabras de mistress Joan Wood como una broma.
—Sí, claro, el alquimista del castillo.
Joan Wood abandonó la estancia dejando sola a Clare Evans.

Esta dio un vistazo general y abrió su carpeta. Allí tenía para mucho rato, estuvo tentada de ir en busca de Ian B. Norton para que la ayudara.

Se sintió interesada por aquel siniestro castillo del que parecía escapar el hedor que inundaba la casa. Tenía algo magnético que atraía poderosamente.

Era una obra perfecta, no cabía duda; sin embargo, no era bella ni agradable porque encerraba un mucho de siniestro, impresión que aumentaba al hallarse rodeado de estanterías con montones de libros, la mayoría de ellos muy viejos.

De súbito, apareció la figura pequeña, proporcionada a las puertas, a las dimensiones generales del castillo. Era una especie de monje que usaba un sayo pardo y cuyo rostro apenas se veía.

El enigmático personaje se la quedó mirando desde donde se hallaba, muy cerca de la verja del cementerio.

Clare Evans sintió un estremecimiento en todo su cuerpo. No sabía si aquello era un truco o que sus sentidos le estaban jugando una mala pasada.

Quiso retroceder un par de pasos para alejarse del conjunto del castillo, con su diabólica figurita que semejaba tener vida, mas no lo consiguió. Era como si hubieran paralizado todos sus miembros, como si sus nervios fueran ya incapaces de transmitir órdenes.

De pronto, sintió como si estuviera ardiendo por dentro, como si la hubieran sumergido en un baño de alcohol y luego le hubieran prendido fuego, mas no ardía.

La sensación de calor se suavizó y vio como si todo fuera verde en derredor. Acto seguido, se le nubló la vista y no vio nada más. Tuvo la impresión de que caía por una sima profunda, como Alicia en el País

de las Maravillas.

Caía y caía al fondo de algo que desconocía y que le quitaba la sensación de gravedad. Era como flotar en el espacio sin poderse agarrar a parte alguna; era algo que mareaba mientras en su mente brillaban ráfagas iridiscentes que la arrancaban del mundo real para sumirla en una pesadilla predecesora de la muerte.

De improviso, notó suelo firme bajo las plantas de sus pies.

Abrió los ojos y descubrió una gran explanada. Frente a ella, alto, monumental e imponente, el diabólico y siniestro castillo del conde Roxlasky.

Tuvo la impresión de que seguía soñando. No podía ser cierto que aquel castillo, de pronto y en mitad de la cosmopolita Londres, se hubiera hecho grande.

Clare Evans no se había drogado nunca y tampoco había dejado que la emborracharan, por ello resultaba más difícil que pudiera creer en un desequilibrio de su mente.

Un gruñido sobrecogedor la hizo volverse.

Ante sí descubrió a un lobo que le mostraba sus colmillos blancos, agudos, poderosos y babeantes. Sus ojos amarillos brillaban asesinos.

Fue en ese momento cuando se percató de que estaba tan desnuda como si acabara de

llegar al mundo. Buscó con la mirada su ropa por el suelo, y no vio ni vestigios de ella. No tenía nada encima, absolutamente nada, ni siquiera el reloj.

—Dios mío, ¿qué significa esto? —se preguntó desconcertada y asustada, a un paso del terror, un paso que avanzó de golpe al descubrir al alquimista Crowen, el ser que vestía el sayo pardo y raído.

En una mano llevaba grilletes con cadenas, y en la otra, un látigo que no inspiraba confianza alguna, todo lo contrario.

—¿Quién es usted? —inquirió cubriéndose con las manos, en un acto de pudor instintivo.
—Crowen, el alquimista Crowen. ¿Eres doncella?

Al ver mejor el rostro de Crowen, se horrorizó. Era un rostro cadavérico, como si las cuencas careciesen de ojos. Las manos eran esqueléticas y despedían un hedor insoportable.

Clare Evans lanzó un grito de terror y echó a correr, pero no hacia la puerta del muro que se veía cerrada, sino hacia la entrada del castillo.

El alquimista Crowen fue tras ella pero mucho más despacio, pues la muchacha corría como una gacela. Sí la alcanzó el lobo que trató de darle una dentellada en el tobillo para partírselo y así terminar su huida.

Los colmillos y la lengua le lamieron la piel mientras se oía un pavoroso chasquido. La primera dentellada había fallado y Clare, sin vacilar, propinó un puñetazo en el ojo del lobo que rodó sobre sí mismo, gruñendo de dolor.

Antes de que se repusiera, pasaron unos segundos que fueron preciosos, pues Clare Evans logró llegar a la puerta del castillo. Junto a la gran puerta había otra pequeña que empujó y cedió.

El lobo trató de introducirse, pero la joven le atrapó el hocico en el quicio de la puerta haciendo que la bestia aullara de dolor, como apresada en un cepo. Aquello sucedía cuando el alquimista Crowen llegaba también a la puerta.

Clare Evans, sollozando de terror, jadeante, logró bajar una aldaba y pasar un cerrojo que tenía la puerta, dejando afuera al lobo que

arremetía furioso arañando la madera y los gruesos herrajes. Mientras, se escuchaban los juramentos que lanzaba Crowen.

Cuando Clare Evans estuvo segura de que la puerta no iba a ceder y de que sus perseguidores ya no podrían pasar, se apartó de ella.

Todo su cuerpo joven, grácil y elástico a la vez, temblaba mientras su mente se hallaba inmersa en una sensación de desconcierto y miedo, más que miedo, terror.

No era posible, tenía que haberle ocurrido algo extraño, algo que ella no comprendía...

Un rato antes estaba en la calle junto a Ian Norton, viviendo una vida normal dentro de lo que cabía. Ella estudiaba con aquel joven alto, barbudo, con aspecto entre hippy y corsario, un joven muy inteligente, abierto y humanista, un hombre que prometía; sin embargo, ahora se hallaba desnuda e indefensa en un castillo extraño y diabólico que en principio había visto como una maqueta y que ahora adquiría sus verdaderas dimensiones.

Estaba allí, perseguida por un horrendo personaje que vestía sayo con capucha y que portaba en sus manos grilletes con cadenas y un látigo que la sobrecogía, y aquel lobo había estado a punto de partirle el tobillo de una dentellada.

—Dios mío, Dios mío, tiene que ser una pesadilla —se repetía para sí, introduciéndose en el castillo que la sobrecogía con su aspecto tenebroso.

Plagado de sombras, tinieblas y débiles claridades fantasmagóricas, conseguía que sus ojos no estuvieran muy seguros de lo que veían.

Escuchó el aullido profundo y quejumbroso del lobo y aquel sonido la estimuló a adentrarse más en el castillo. Esperaba subir a un piso del mismo y observar por una ventana; tenía que hallar una salida a su situación.

A cada crujido que escuchaba a su paso, se asustaba. Cruzó una especie de patio descubierto y metiéndose por otra puerta, pasó a una gran sala donde la luz era escasa. Mas, a su derecha, había cuatro grandes candelabros con sendos cirios encendidos.

Las cuatro gruesas velas rodeaban una especie de catafalco que en realidad era una estrecha y dura cama.

Tendido sobre ella había un hombre, es decir, un cadáver, pues estaba corrupto y despedía un hedor que obligó a Clare Evans a llevarse las manos a la nariz.

Era un ser cuyo rostro no podía mirarse por lo espantoso. Vestía ropas muy antiguas y una capa negra que le llegaba hasta los pies.

—Dios “mío, ¿qué es esto? —gimió.

Aquel ser, que cualquiera hubiera podido opinar que estaba muerto desde hacía tiempo y en estado de corrupción, con un aspecto horripilante que hacía vomitar, faltándole parte de los labios, con las orejas carcomidas y el pelo falto en calvas, se incorporó.

Clare Evans lanzó un grito, retrocediendo. Tropezó con unos escalones pétreos y cayó sentada sobre el frío y húmedo suelo.

—Doncella, ¿has venido a calmar mi lujuria y ayudarme a morir, a escapar de este estado en que me hallo? —preguntó con una voz gruesa y lúgubre que se metía entre los poros de la piel.

—¿Quién, quién eres? —preguntó, suplicante y caída.

—Soy el conde Roxlasky y no podré hallar la muerte, el descanso

eterno, hasta que diecisiete mujeres más como tú vengan a mis brazos. Acércate, acércate y calmaré mi sed de amor...

—¡¡Noooo, noooooü —gritó Clare Evans, aterrada.

El conde descendió de su lecho-catafalco. Su figura alta, cadavérica, proyectó sombras en el suelo y en las paredes graníticas.

—¡No, conde, no! —exclamó una nueva voz.

—¡Crowen! ¿Cómo te atreves?

—Conde, tiene que estar muerta, si no no sirve para conjurar la maldición.

—Por una vez puede estar viva —objetó aquel cadáver viviente volviéndose hacia su izquierda, por donde acababa de aparecer el alquimista Crowen.

Había conseguido introducirse en el castillo por una pequeña puerta lateral, la puerta que utilizaba para sacar los cadáveres del castillo y trasladarlos al cementerio.

—¡No, déjenme salir, déjenme salir! —sollozó Clare suplicante, sintiéndose atrapada en aquella gran trampa que era el castillo del conde Roxlasky.

—No, ninguna mujer puede escapar al amor que yo exijo —dijo el conde con su voz pausada y lúgubre, como salida de ultratumba.

Mientras, aquellas cuencas que semejaban carecer de ojos y que, sin embargo, veían, se clavaban en la blancura del cuerpo femenino.

Clare Evans se puso en pie e intentó huir, pero la cuerda de un arco se tensó.

Se escuchó un zumbido y Clare profirió un grito de dolor. La pierna le falló, cayendo al suelo. Su muslo derecho había quedado atravesado por una flecha.

El alquimista Crowen volvió a tensar el arco y disparó una nueva saeta. La otra pierna de la joven fue horadada también, obligándola a retorcerse de dolor.

Mas, el sádico personaje no había terminado y volvió a disparar otra flecha. Fue certero, porque clavó la saeta en un brazo de la joven y después, el otro.

Clare Evans se retorcía de dolor. Ya no se veía con fuerzas ni para gritar y sólo gemía. Crowen disparó de nuevo y la saeta se hundió en el abdomen de la joven, obligándola

a doblarse sobre sí misma y hacia arriba mientras abría la boca hasta desencajarla y salpicaba la sangre que escapaba por las heridas.

Crowen fue hasta ella.

Asió una de las flechas y la sujetó con fuerza, moviéndola a un lado y a otro y provocando una tortura insoportable a la que su víctima no pudo escapar. Después jaló con fuerza, arrancando la flecha y desgarrando las carnes sin piedad, provocando una hemorragia.

Repitió la cruel acción con las otras flechas hasta llegar a la última, a la del abdomen. Clare Evans tenía los ojos cerrados. Sus músculos y nervios se contraían y dilataban,

pero era como si ella ya no tuviera vida o, por lo menos, no pudiera reponerse. Sus carnes estaban brutalmente desgarradas por aquel sádico llamado Crowen.

—La última, conde, la última.

Y le sacó la flecha del estómago.

Clare Evans lanzó su último grito de dolor. Sintió que la vida se le escapaba, que sus miembros le dolían horriblemente y no le

obedecían.

Su estómago ardía como si terribles ácidos discurrieran por su interior.

Crowen la agarró por los cabellos y le alzó la cabeza, sacudiéndole el cuerpo que perdía sangre, que se desangraba como una res degollada.

—Dentro de poco será un cadáver y toda tuya, conde, toda tuya y una más para conjurar la maldición que nos retiene vivos pero muertos, sin dejarnos alcanzar el descanso eterno.

El conde Roxlasky observaba con sus cuencas putrefactas a Clare que tenía los ojos cerrados y cuya cabeza colgaba de la mano de Crowen que la seguía sujetando por los cabellos mientras la sangre se deslizaba por el suelo y la vida escapaba, escapaba.

—Es cierto, Crowen, tienes razón, una más. La mujer que nos cobija es una verdadera bruja codiciosa que nos proporciona las doncellas que nos hacen falta.

—Así es, conde.

—¿Cuidas de recompensarla bien por sus méritos?

—Sí, conde, ya ves que no se olvida de nosotros.

—Es cierto, mi querido Crowen. Si no fuera por ti, qué sería de mí, aunque maldito el día que te hice caso y creí en tus poderes.

—Mis poderes no fallaron, conde, pero quién iba a pensar que una mal nacida exorcista, hija de mil demonios, nos maldijera como lo hizo.

—No supiste conjurar su maldición, Crowen.
—No podía, supo hacerlo bien y cogernos desprevenidos.

Se inclinó sobre Clare Evans y le levantó los párpados. Aparecieron los ojos vidriados que delataban la presencia de la muerte. Crowen le soltó los cabellos y la dejó caer al suelo.

—Es tuya, conde, toda tuya. Su cuerpo todavía está caliente, como es de necesidad. Una capa negra voló por el aire, cubriendo el cuerpo torturado de una joven que,

incautamente, había entrado en la casa de una mujer codiciosa que la había empujado a una muerte horrenda.

CAPITULO V

Ian B. Norton había visto pasar primero una hora, luego dos y hasta tres sin que Clare Evans saliera de la escalera de vecindad.

Estaba seguro de que no se le había escapado, de que su compañera de estudios no había salido del portal. Debía seguir dentro del edificio. Había tomado tres cervezas sin dejar de mirar al portal y al fin, cansado de esperar y con el ceño fruncido, abandonó el bar.

Se dirigió a la casa de vecindad cruzando la calle más bien tranquila. Comenzaba a lloviznar y el asfalto, iluminado por las farolas, adquiría un color negro brillante.

Entró en el portal y subiendo la escalera, llamó a una puerta. Un hombre con aspecto gruñón le inquirió:

—¿Qué busca, joven?

—Busco a mi compañera. Estaba haciendo una encuesta y no la he visto salir de la escalera.
—¿Y qué pretende?
—Encontrarla.

—¿Acaso piensa que está en mi casa?
—Pues, no sé, yo sólo la busco.

—Yo no la he visto, a mí nadie me ha hecho ninguna encuesta. ¿Y se puede saber sobre qué era?
—Sobre bibliotecas particulares.
—¡Hum, libros...! A mí sólo me gustan las revistas.

—De modo que no la ha visto.
—¡No! —Y recibió un rotundo portazo.

Ian B. Norton fue subiendo piso por piso y preguntando, sin que en ninguna parte supieran darle razón de lo que buscaba y le respondían con unos rostros que parecían sinceros. El joven cada vez comprendía menos aquella desaparición.

—Señora, ¿ha visto a una joven que venía a hacer una encuesta?
La mujer vestida de luto sacudió la cabeza, más por desconcierto que por negativa.

—¿Cómo dice?

—Verá, señora, una amiga y compañera mía ha entrado en este edificio y no ha vuelto a salir. Ha desaparecido y no sé dónde puede estar. Es posible que esté dentro de una casa, que alguien con mala sangre la haya raptado. Sé que le parecerá de película, pero es así.

—¿Dice que su amiga ha desaparecido en esta escalera?
—Sí.

—¿Está seguro?
—He pasado tres horas esperando que saliera y no la he visto aparecer por el portal.

—¿Tres horas, dónde estaba usted?
—En el bar de enfrente, tomando unas cervezas.

—¿No puede ser que ella haya salido y al no verle se haya marchado?

—Imposible. Primero, que la hubiera visto salir, he estado todo el tiempo vigilando el

portal. Hemos llegado juntos y habíamos acordado que al terminar la encuesta en este edificio se vendría a reunir conmigo en el bar y jamás me ha hecho una mala jugada. Estoy seguro de que no ha salido del edificio. Le agradecería que me diera alguna información al respecto.

—¿Por qué yo?

—Señora, no sé por qué, pero tengo la intuición de que usted puede ayudarme a encontrar a mi amiga Clare.

—¿Clare? Yo tenía una hija que se llamaba Mary. ¿Era muy joven su amiga?

—Sí, muy joven. Alta, hecha como mujer, espigada, pero muy joven.

—Mary también lo era.

Ian achicó sus ojos, intrigado.

—Habla de su hija como si hubiera muerto.

—No sé si ha muerto, sólo sé que un mal día desapareció.

—¿Desapareció, dónde?

—Aquí, aquí mismo, en esta escalera. Desapareció y no volví a saber de ella.

—¿No pudo marcharse a alguna parte?

—¿Como su Clare?

—Señora, tiene usted razón. ¿Hace mucho tiempo que desapareció la hija de usted?

—Tres meses.

—¿Y en estos tres meses no ha sabido nada de ella?

—No.

—¿Qué ha dicho la policía?

—Scotland Yard me ha comunicado que seguirán buscando y que en cuanto la encuentren me avisaran, pero que tenga en cuenta el gran número de jóvenes de ambos sexos que desaparecen mensualmente en una ciudad tan grande como Londres.

—Sin embargo, usted no confía en que Scotland Yard pueda descubrirla.

—¿Cómo se ha dado cuenta?

—Es fácil; va de luto y eso me hace suponer que da a su hija por muerta.

La mujer no pudo contener un sollozo, la herida estaba todavía muy abierta. Ian B. Norton la cogió por los hombros y la acercó contra su pecho, brindándole fuerza y comprensión.

Gloria Hudson no le rechazó, pese a que se hallaban en el rellano de la escalera.

—Señora, usted tiene que ayudarme y yo la ayudaré a usted. Tengo la intuición de que las dos desapariciones tienen mucho de coincidentes. Dos chicas jóvenes desaparecidas en el mismo edificio es un poco raro, ya veremos qué dice Scotland Yard de esto.

—No creo que Scotland Yard encuentre nada. Todo es tan misterioso...

—¿Podría contarme cómo desapareció, qué es lo último que hizo?

—Salió de casa antes de cenar y subió al piso de encima para ir a buscar unos datos a la biblioteca de mistress Joan Wood.

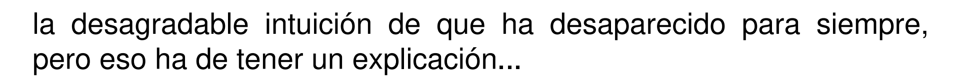
—¿Y después?

—Nada.

—¿No volvió a verla?

—No.

—Lo mismo que con Clare... Hace sólo algo más de tres horas que no la he visto y tengo


la desagradable intuición de que ha desaparecido para siempre, pero eso ha de tener un explicación...

—¿Adónde iba Clare?

—A preguntar sobre bibliotecas particulares, de tipo doméstico. Por cierto, en este punto coincide bastante con su hija. Oiga, ¿quién vive en la casa de arriba?

—Mistress Joan Wood.

—¿Sola?

—Sí. Bueno, tiene una hija estudiante que todavía no ha regresado de Oxford, creo que lo hará un día de éstos, una chica muy inteligente. Janet era muy amiga de mi Mary.

—Y esa mistress Wood, ¿qué tal es?

—Pues, muy amiga. Bueno, últimamente apenas nos vemos, se ha vuelto muy huraña^, después de lo de Mary. Los de Scotland Yard entraron en su casa y eso debió molestarla y no me lo perdonó, al menos es lo que creo.

—Señora, ¿cómo se llama usted?

—¿Yo?

—Sí.

—Pues, Gloria Hudson.

—Bien, mistress Hudson, iré arriba y veré qué averiguo.

—Le acompaño.

—Si ha de molestarle, no lo haga.

—Joven, usted busca a una chica desaparecida y yo busco a mi hija.

—De acuerdo, suba conmigo y veremos como nos recibe esa mistress Wood. Hasta ahora nadie ha visto a Clare y Clare entró aquí.

Subieron al último piso y llamaron a la puerta. Ian B. Norton tuvo la sensación de que eran observados a través de la mirilla. Al fin, se abrió la puerta, lo que daba dé sí la cadena de seguridad.

—¿Qué quiere?

—¡Hola, Joan!

—¿Qué pasa, Gloria, conoces a este joven?

—Está buscando a una chica que se llama Clare. Dice que ha subido a hacer una encuesta sobre libros.

—Tonterías, aquí no ha venido nadie —y cerró la puerta sin miramientos.

—¿Lo ve? Se ha vuelto muy huraña —suspiró Gloria Hudson.

—Esto pasa de huraña, señora Hudson.

Ian volvió a pulsar el timbre, con fuerza y sin soltarlo.

—¡Fuera, márchese de mi casa! —gritó mistress Wood desde el otro lado de la madera.

—Señora, si no abre la puerta, llamo a la policía ahora mismo —amenazó Ian Norton. La puerta se abrió ahora sin cadena y apareció mistress Wood con aspecto agresivo.

—Si quiere llamar a la policía, hágalo y seré yo quien le denuncie por molestar a una mujer que está sola en su casa. Tiene usted todo el aspecto de un pordiosero en vez de un estudiante.

—¿Y por qué tenía que ser un estudiante? —preguntó Ian B. Norton, viendo enrojecer de súbito el rostro de la viuda.

—No sé, esa carpeta que lleva y ha dicho que venían haciendo una encuesta...

—¿Podría ver su casa, señora?
—¿Cómo se atreve?

—Está buscando a su amiga y no se marchará hasta que la encuentre —dijo Gloria Hudson.

—Si ha de dejar de molestarme y sólo porque viene contigo, Gloria, pues de lo contrario desconfiaría de él como un asaltante de hogares, le dejo pasar y a ti también. Registren toda la casa y verán que esa chica no está en ninguna parte. Además, ¿por qué iba a estar escondida en mi casa?
—No lo sé, Joan, pero como esa muchacha no ha salido por el portal...

Ian B. Norton se introdujo dentro de la casa. Inmediatamente notó el desagradable hedor que reinaba en ella, aquel olor que parecía pegado a los papeles de la decoración.
—¿Puede abrirme las puertas de las habitaciones?

—Claro que sí y hasta el cuarto de aseo. Luego, no quiero verlo más por mi casa y a ti, Gloria, tampoco. Esto es humillante, pero no estoy dispuesta a que se sospechen cosas oscuras sobre mí porque soy una mujer que vive sola en su casa.

Gloria Hudson vaciló y tuvo deseos de retroceder. Estaba como arrepentida de haber dado aquel paso que tanto había enfurecido a su vecina, mas el joven Ian B. Norton no se echaba atrás y se internó en la vivienda.
—Aquí huele muy mal —dijo a palo seco, sin morderse la lengua.
—¿Cómo se atreve?

—Joan, es cierto, huele mal. ¿Es que no abres las ventanas?

—Estoy aguantando lo indecible —barbotó—. Acabemos de una vez, ¿quieren ver mi casa? Pues, adelante, pero en mi casa mando yo y hago lo que me viene en gana, no faltaría más.

Fue abriendo habitaciones y armarios de par en par. Bastaba una ojeada a Gloria Hudson y a Ian B. Norton para percatarse de que allí no había nadie.

Al fin, entraron en el siniestro despacho con los anaqueles repletos de libros, en especial antiguos y con polvo. En aquella estancia, el mal olor se acentuaba de una forma que para quien venía de la calle resultaba ya más que ofensivo, inaguantable.

—¿Qué tiene por aquí que huele a cadáver? —preguntó Ian B. Norton.

Gloria Hudson se llevó la mano a la boca como para impedir que una exclamación brotara por entre sus labios.

—Hace mucho frío en la calle y no voy a abrir este despacho sólo para que no huela como a ustedes les desagrada.

—Joan, es que esto huele muy mal... —apuntó Gloria Hudson tímidamente.

—La señora Hudson tiene razón, y no sólo huele mal, sino que está muy frío. Al entrar aquí, esto da la sensación de un panteón donde se ha metido un cadáver y se ha dejado el ataúd abierto.

—Joven, es usted un estúpido grosero e insolente. Ahora ya lo han visto y pueden marcharse.

—Un momento...

—¿Qué pasa?

—Ese castillo.

—¿Qué le pasa al castillo, joven?

—Parece muy singular.
—Lo es, una verdadera joya antigua: El castillo del conde Roxlasky.

—¿El conde Roxlasky, ha dicho?
—Sí, el conde Roxlasky y lo compré en la Royal Symbol Gallery.

—Es un castillo pequeño, una excelente maqueta cargada de realismo. ¿Y dice que es auténtica?
—Lo es.

—Eso explica que huela tan mal. Parece que el hedor sale de su interior. ¿No habrá metido un gato muerto o una rata ahí dentro?
—Sí, por las ventanas. ¡Vamos, fuera!
—Por favor, Joan, no seas tan dura... —pidió Gloria Hudson.

—¿Cómo quieres que sea? ¡Estás pensando que yo tengo que ver con la desaparición de tu hija!

—Señora, tiene que admitir que es muy raro que desapareciera la joven Mary y, hace unas horas, mi amiga y compañera Clare.

—¿Y qué demonios haría yo con ellas? ¡Toda mi vida he sido una mujer intachable, nadie puede decir nada de mí, jamás he dado el más mínimo escándalo! Mi esposo fue respetado por todos y ahora que me veo sola y desamparada, pretenden calumniarme y difamarme.

Al decir aquello, comenzó a sollozar, dejándose caer en una butaca.

—Por favor, Joan, por favor, discúlpanos. No queríamos herirte, yo sé que también tienes una hija y que temes por ella, pero todo lo que sucede es tan absurdo...

Ian B. Norton no se había ablandado con los sollozos de mistress Joan Wood como poco antes lo hiciera con mistress Gloria Hudson que le había parecido mucho más sincera y con más motivos para el sollozo.

Estuvo observando el castillo con atención y le inquietó, cosa que se le antojó absurda, ya que una maqueta como aquélla nada podía tener de particular; sin embargo, además del hedor que escapaba de allí dentro, había algo más. Era como un magnetismo maligno que no llegaba a comprender.

Dio una ojeada por encima a los anaqueles repletos de libros. Era

una biblioteca que atraía, máxime a él que estaba interesado en los libros; ello había motivado aquella encuesta sobre las bibliotecas domésticas que entre él y la desaparecida Clare llevaban a cabo.

Salió del despacho y se dirigió a una habitación que hasta aquel momento permaneciera cerrada.

Encendió la luz y descubrió una alcoba sin nada de particular, a excepción de un baúl grande, moderno y forrado en chapa de aluminio.

—¿Qué hace aquí? —preguntó la voz airada de mistress Wood.
—Mirando, usted nos ha dado permiso, ¿no es cierto?

—¡Ha abusado de mi debilidad, márchese, ya está bien, márchese!

—Será mejor que nos vayamos, aquí no hay nada —suspiró mistress Gloria Hudson, también abatida, aunque ella, por propia voluntad y en contra de la opinión de su marido, se había vestido de luto.

Salieron a la escalera y mistress Joan Wood cerró de un portazo.

—Algo ocurre, pero mistress Wood no tiene la culpa.

—No estoy yo tan seguro. Juraría que en casa de esa mujer ocurre algo raro.

—¿Raro? Es simplemente una mujer solitaria que no tiene deseos de limpiar su casa. Será distinto cuando llegue su hija que es más alegre, más risueña, como mi Mary, mi pobre Mary, Dios mío, ¿dónde estará, dónde estará...?

CAPITULO VI

—¿Y dice que desapareció después de entrar en la escalera de ese inmueble?

—Así es, inspector —asintió Ian B. Norton, sentado en el despacho del inspector de Scotland Yard—. Entró y no volvió a salir, puedo jurarlo.

—¿Los familiares de la joven desaparecida saben algo?

—No lo creo. Viven en Lancashire, yo no los conozco personalmente, pero en la pensión donde se hospedaba Clare podrán hallar las direcciones que necesiten; es cosa de ustedes y no mía.

—Sin embargo, usted gozaba de una buena amistad con la joven desaparecida.

—Una excelente amistad, inspector.

—¿Relaciones pre-matrimoniales?

—No, y no por falta de ganas por mi parte. Clare sabía guardarse muy bien. Las chicas de ahora no son todo lo que se imaginan unos cuantos puritanos y unos cuantos viejos verdes. Clare tenía sus ideas y había que respetarlas. Sólo éramos amigos y compañeros de estudio, nada más y nada menos. ¿Le parece poco?

—No, me parece muy bien, pero no debe de molestarse. Scotland Yard debe hacer toda clase de preguntas, es nuestra obligación.

—Sí, ya sé, y entre sus obligaciones se incluye pensar primero en mí como posible culpable.

—¿Le molesta?

—No. Como ha dicho, es obligación de ustedes.

—¿Puede demostrar que nada tiene que ver con la desaparición de la joven?

—Sólo puedo decirle lo que sucedió. Nos separamos, yo fui al bar, ella entró en el edificio y no volvió a salir. Al cabo de tres horas subí a buscarla y cualquier vecino podrá darle razón de ello, ya que algunos se molestaron conmigo.

—Todo esto es muy raro.

—Imagino que sí, máxime cuando en aquel lugar ha desaparecido

más de una chica como Clare.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el inspector de policía, escrutándole a través de los cristales de sus gafas, de un tenue color verde. Su calvicie brillaba entre las hebras de pelo que cruzaban su cráneo de derecha a izquierda.

—He estado hablando con la madre de una de las desaparecidas, se llama Gloria Hudson y la joven desaparecida, Mary.

El inspector de policía sacó una carpeta. Consultó unas hojas y al fin, centrando su mirada en una de ellas, asintió:

—Es cierto.

—¿Y cuántas más han desaparecido en aquel lugar, como tragadas por la tierra?

—Al cabo del mes, de forma constante, desaparecen muchas jóvenes y también muchachos.

—Sí, pero ¿cuántas allí? —insistió Ian Norton.

—Las preguntas las hago yo, si no le importa.

—De acuerdo, de acuerdo, pero si algo raro sucede en ese lugar, ustedes deberían saberlo, ¿no?

El inspector de Scotland Yard carraspeó, para al fin ceder algo de terreno al joven Ian Norton.

—Sobre el cálculo proporcional que nos facilitan las estadísticas por desapariciones, aquel sector concreto se pasa del promedio con unas diez desapariciones.

—¿Diez, y no le parece mucho?

—No tenemos ninguna pista —confesó— y no se le vaya a ocurrir divulgar la noticia. Podría crear el pánico y que sepamos, no hay nada especial, a excepción...

—¿A excepción de qué?

—Bueno, algunas veces, las chicas desaparecidas son encontradas fuera de Londres o en alguna comuna de la City, nunca se sabe donde pueden estar. Los padres piensan que un sátiro las ha raptado y luego aparecen donde a ellas les ha dado la gana ir, sin rendir cuentas a su familia ni a la sociedad.

—Usted no quería decirme eso, inspector. ¿Me equivoco?

—¿Estudia psicología?

—No, simplemente sociología.

—Es una carrera pareja. En fin, quería referirme a que una de las chicas desaparecidas en el sector, aunque muy lejos de la casa a la que usted se refiere, fue encontrada en Hampstead. Allí hay unas casas solitarias.

—Siga, inspector.

—La chica apareció dentro de un pozo. Estaba desnuda y su muerte fue por flagelación.

—¿Flagelación, está seguro?

—Sí. No presentaba más heridas que los latigazos, es decir, también fue violada.

—Hum, eso pone las cosas más feas y descarta a una mujer.

—Efectivamente, el asesino es un hombre. Pocos años atrás, esto habría suscitado un gran escándalo en la Prensa, pero la ciudad se ha convertido en un monstruo devorador y la gente parece saturada de noticias de sangre.

—Y a esa chica, ¿qué pudo sucederle?

—Según el médico forense, fue violada en un acto de necrofilia.

—Diablos, estamos ante un psicópata -en potencia;

—Así es, por ello no hay que suscitar el pánico.
—Un sádico que además es necrófilo, ciertamente repugnante...

—Creo que en cualquier centro psiquiátrico podrían contarle muchas cosas horripilantes que se cometen, pero, por suerte, son casos aislados. En este suceso fue una suerte que al ser arrojada la víctima al pozo, metida dentro de una bolsa de plástico, la bolsa se rasgara y pudiera avanzar el proceso de descomposición. El hedor delató la presencia del cuerpo. Scotland Yard fue avisada y la chica fue extraída del interior del pozo, pero creo que la voluntad del criminal era que pasara más tiempo antes de ser descubierta; de lo contrario no i a habría encerrado en una bolsa de plástico.

—Estarán investigando sobre ello...

—Naturalmente. Hemos interrogado en los comercios que pudieron vender la bolsa de plástico y, es curioso, porque en uno de ellos también desapareció una jovencísima y bella cajera que tenían, sin saber cómo.

—Eso es muy interesante. Un caso queda ligado con otro.

—Eso pensamos, pero hay que buscar más pistas y yo no puedo contarle todo lo que tenemos entre manos. Podría ser usted ese asesino sádico y necrófilo que buscamos; los ha habido de muy audaces.

—Inspector, hay que darse prisa u otras chicas desaparecerán también, raptadas por ese loco. Si no van rápidos, me iré a quejar al mundillo reporteril y seguro que me escuchan con todo lo que sé.

—Usted no hará eso, entorpecería nuestra labor. Tenemos un servicio y hago mal en decírselo.

—¿Un servicio, de qué?

—De vigilancia, en el sector donde fue abandonada la víctima. Si ese sádico asesinato se repite, puede que vuelva a llevar los despojos de su víctima al mismo lugar donde depositó la primera.

—Si han desaparecido ya varias muchachas, tendrá un montón de cadáveres de los cuales desembarazarse.

—Eso no se sabe, es posible que todavía las tenga vivas. Hay quien comete crímenes rituales, y este crimen y las desapariciones tienen todo el aspecto de actos sádico-rituales.

—Si están vivas, necesitará un lugar donde encerrarlas.

—Eso pensamos nosotros también, joven.

—A mí hay una casa que me da muy mala espina, inspector Brunnigan.

—¿Qué casa?

—La casa de mistress Joan Wood, allí es donde estuvo Clare por última vez, antes de desaparecer.

—Cuando desapareció la joven Mary Hudson, registramos la casa y no hallamos nada. Además, el crimen es obra de un hombre y no de una mujer.

—¿Está seguro, inspector?

—Completamente. Las huellas dejadas en el cuerpo de la joven no ofrecen lugar a dudas.

—Quizá esa mistress Joan Wood tenga algún amigo psicópata.

—¿Usted cree que ella le ayuda?

—No lo sé, es difícil, pero pudiera ser.

—Ya. Usted piensa en las seculares alcahuetas, capaces de vender chicas sin importarles lo que sea de ellas con tal de cobrar la comisión correspondiente.

—Ese tipo de personajes surgió con la aparición del hombre sobre la tierra, y no creo que desaparezcan jamás, por desgracia.

—Mistress Joan Wood es una mujer intachable. Tenemos toda clase de referencias en su favor.

—Muchas mujeres han sido intachables toda su vida porque no han tenido una oportunidad para ser lo contrario. No es ningún mérito su honradez ni su honestidad, porque si esa oportunidad se les presenta, pueden convertirse en prostitutas o alcahuetas, depende de la mella que la codicia haga en ellas.

—Joven, si sigue adelante con sus teorías, creo que sería capaz de convencerme de cualquier cosa, pero la policía quiere pruebas, necesitamos pruebas y no teorías. La verdad es que te comprendo; perdona que te tutee, pareces muy joven pese a esa barba que llevas.

—Entonces, ¿seguirán investigando por los métodos habituales?

—Como dijo Churchill respecto a la democracia en política, no son muy buenos pero sí los mejores que conocemos.
—Y mientras, que vayan desapareciendo chicas.

—Hay cosas que no se pueden evitar; sin embargo, montaremos guardia en la zona y controlaremos a las jóvenes que vayan a aquella escalera de vecindad, sus entradas y salidas, y no es para dejarte satisfecho a ti, simplemente porque es nuestra forma de trabajar.

—Inspector Brunnigan, ¿me creerá si le digo que la casa de esa mistress Wood huele a cadáver?
—Eso es muy subjetivo; no hay una medición exacta de los olores.

—La casa huele a cadáver, he estado en ella y lo he olido. Dígame, inspector, ¿qué posibilidades hay de que en un apartamento, con más o menos años encima, se pueda emparedar un cadáver?

.—Es usted muy truculento.
—¿Ya me quita el tuteo?

—Oiga... Bueno, oye, emparedar a alguien no es tarea fácil.
—Ni yo digo que lo sea, pero allí huele a cadáver. ¿No es eso sospechoso?

—Si es tal como dices, sí, pero...
—¿Pero qué...?

CAPITULO VII

Mistress Joan Wood atrancó la puerta de la cocina con una silla por el interior, pese a que sabía que no había nadie más en la casa, dejando aparte los extraños personajes que habitaban el castillo en miniatura, seres de los que ella se había convertido en aliada.

Tenía tres cacerolas de diferentes tamaños abiertas, con las tapas sobre las encimeras. Dentro de las cacerolas se veían saquitos de piel que estaban llenos de aquellas monedas que mistress Wood estimaba como muy valiosas tras haber tasado una de ellas.

Estaba nerviosa y sentía una gran emoción contando las bolsas y las monedas de aquella fortuna, acumulada sin que nadie se enterara.

—Al final de todo esto, tomaré el oro y me marcharé lejos. Compraré una casa, no muy grande pero sí confortable y lujosa y viviré respetada por todos. El dinero es importante, muy importante... Me llamarán para hacerme presidenta de muchas cosas, pero yo no soltaré el dinero, sólo dejaré que lo olfateen —decía para sí aquella mujer, atrapada por la codicia.

Abrió un sobre y con cierto temor, comenzó a escrutar las fotografías a color que ya había mirado en varias ocasiones desde que le llegaran por correo.

Aquellas fotografías ampliadas parecían realizadas en las proyecciones de filmes de terror donde el sadismo imperaba. Mas, mistress Wood sabía bien que no eran fotos trucadas, sino verdaderas; que lo rojo no era ningún líquido preparado si no sangre auténtica; que los rostros de terrible sufrimiento eran realidad y no fingidos.

Sin embargo, lo más espeluznante no eran precisamente las chicas torturadas, sino el alquimista Crowen. Sólo al ser ampliadas las fotografías había visto realmente cómo era y no había podido evitar un estremecimiento de horror ante aquella faz horripilante y co-rrompida. Era un cadáver viviente.

Nadie, al ver aquellas fotografías, podía pensar que eran reales, pues no podía encontrarse en todo el planeta un ser vivo que tuviera aquel rostro, un rostro que sólo podía hallarse en los cementerios, dentro de los ataúdes donde yacía un cadáver con varios meses de corrupción normal.

Apartó la mirada, no podía soportarlo. Aquel ser de ultratumba semejaba mirarla desde la mismísima fotografía como si ésta tuviera vida propia y mistress Wood no sabía hasta dónde podían llegar los poderes del satánico Crowen.

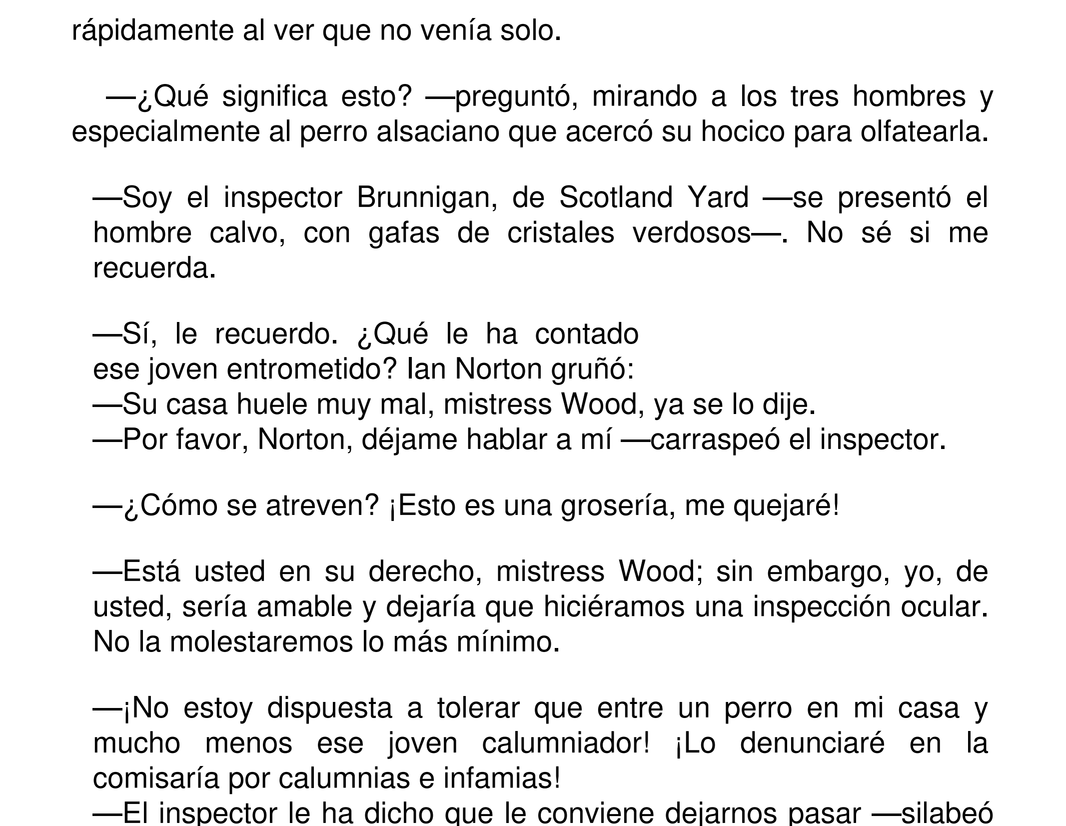
Volvió a introducir las fotografías en el sobre cuando sonó el timbre de la puerta, sobresaltándola.

Se apresuró a tapar las cacerolas que contenían las bolsas de cuero con las monedas de oro. Mientras colocaba éstas en los armarios, volvió a sonar el timbre de la puerta. s

Cuando se hubo colocado tras la puerta, observó por la mirilla, mas no vio nada. Todo estaba oscuro, demasiado oscuro.
—¿Quién es?
—Inspector Brunnigan, de Scotland Yard.

La mujer apretó los labios con fuerza, aquella visita la preocupaba.

Abrió la puerta sin poner la cadena para no evidenciar su desconfianza frente al miembro de Scotland Yard al que ofreció una sonrisa forzada, sonrisa que se heló



rápidamente al ver que no venía solo.

—¿Qué significa esto? —preguntó, mirando a los tres hombres y especialmente al perro alsaciano que acercó su hocico para olfatearla.

—Soy el inspector Brunnigan, de Scotland Yard —se presentó el hombre calvo, con gafas de cristales verdosos—. No sé si me recuerda.

—Sí, le recuerdo. ¿Qué le ha contado
ese joven entrometido? Ian Norton gruñó:
—Su casa huele muy mal, mistress Wood, ya se lo dije.
—Por favor, Norton, déjame hablar a mí —carraspeó el inspector.

—¿Cómo se atreven? ¡Esto es una grosería, me quejaré!

—Está usted en su derecho, mistress Wood; sin embargo, yo, de usted, sería amable y dejaría que hiciéramos una inspección ocular. No la molestaremos lo más mínimo.

—¡No estoy dispuesta a tolerar que entre un perro en mi casa y mucho menos ese joven calumniador! ¡Lo denunciaré en la comisaría por calumnias e infamias!
—El inspector le ha dicho que le conviene dejarnos pasar —silabeó Norton.
—¿Es una amenaza?

—No haga caso al muchacho —volvió a carraspear el inspector— ya sabe que los jóvenes son más agresivos.

Ante aquellas palabras de Brunnigan, mistress Wood, como disponiéndose a cerrarles la puerta, dijo:
—Pueden marcharse de mi casa.
—Un momento, mistress Wood...

—¿Qué pasa ahora, inspector? Aparten ese perro de mí, me molesta que los perros me toquen con su hocico húmedo.

—Mistress Wood, si no nos permite hacer una inspección ahora, luego podría ser peor.
—¿Peor?

—Sí.
—¿Por qué?

—Tendré que pedir una orden de inspección ocular al juez.

—¿Una orden al juez? Eso quiere decir que sospechan de mí.

—No sospechamos de nadie y sospechamos de todos. Estamos buscando a personas desaparecidas y si una de ellas fuera su hija, seguro que le agradaría que nos metiéramos en otras tasas para buscarla, ¿no?

—No mezcle a mi hija en todo esto.

—No ha sido mi intención molestarla —dijo el inspector conciliador, con muchas horas de vuelo en su profesión.

—Pero, ¿qué esperan encontrar dentro de mi casa, cadáveres?

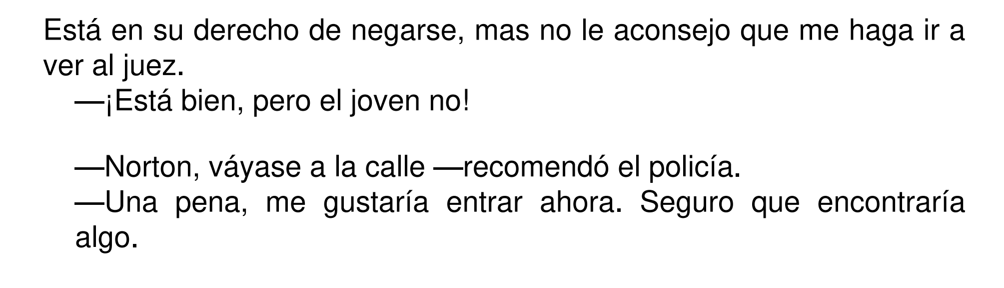
—Su casa huele a cadáver, mistress Wood, y no sería la primera persona que emparedase a sus víctimas —gruñó Ian.

—¿Cómo se atreve, joven?

—Por favor, Norton, tendrá que alejarse de esta casa —le dijo el propio inspector Brunnigan—. Está provocando demasiado a mistress Wood.

—Bien, podrán entrar en mi casa, pero ni el joven ni el perro lo harán, no faltaría más.

—El joven Norton no tiene por qué entrar, pero en este caso, el perro es necesario.



Está en su derecho de negarse, mas no le aconsejo que me haga ir a ver al juez.

—¡Está bien, pero el joven no!

—Norton, váyase a la calle —recomendó el policía.

—Una pena, me gustaría entrar ahora. Seguro que encontraría algo.

—Vamos, Norton, no se haga más antipático a mistress Wood.

El inspector de Scotland Yard y el sargento uniformado que controlaba al perro mediante una correa, se internaron en la vivienda.

—¿Dónde piensa buscar, inspector Brunnigan, qué historias de emparedados son ésas? Aquí no ha entrado ningún albañil en mucho tiempo, es francamente absurdo.

—Simple rutina, mistress Wood. Debemos atender las denuncias que nos formulan y el joven de la barba asegura que su amiga Clare Evans desapareció en este piso.

—Quién sabe dónde la habrá hecho desaparecer él; esos *hippies* son unos sucios sinvergüenzas.

—Mistress Wood, ese joven no es ningún *hippy* y aunque lo fuera, no creo que tenga derecho a decir lo que ha dicho.

—¡Tengo derecho a pensar como quiera y usted me está coaccionando!

—No, mistress Wood. Si usted me lo pide, el sargento, el perro que lleva y yo, nos vamos, pero la verdad es que esta casa huele a cadáver. No olía tanto la primera vez que estuve aquí; parece que el hedor ha aumentado y es muy raro. ¿No cree?

—Tonterías, es que tengo la casa cerrada. Hace mucho frío y mucha humedad y los olores, en las casas cerradas y húmedas, son más intensos. Admito que debía ventilarla más, pero estoy sola y mi pensión no me da para gastar mucho en calefacción, por eso abro poco las ventanas.

—De todos modos, si este hedor se propaga por la escalera, se expone usted a que los demás vecinos le hagan una denuncia al departamento de Sanidad.

—Está bien, ya ventilaré la casa o compraré un extractor, no quiero molestar a nadie.

—Mistress Wood, vaya abriendo las estancias.

Desde el primer instante, el perro alsaciano, adiestrado para la búsqueda de desaparecidos, especialmente cadáveres que podían emitir su característico olor y que el animal conocía bien para poder cumplir su cometido a la perfección, se mostró inquieto.

El sargento que controlaba al perro miró significativamente al inspector y éste le hizo una seña que mistress Wood no advirtió por hallarse de espaldas en aquel instante.

El sargento soltó la correa y el animal jaló con fuerza por el corredor. El sargento le siguió y el inspector, más o menos despacio, fue tras ellos.

—¿Adónde van? —preguntó la mujer, inquieta.

—Parece que el perro huele por el fondo de la casa.

—¿Qué es lo que huele?

—Hasta que no lo veamos no lo sabremos; pero le aseguro que es un animal muy bien adiestrado y no le causará ningún daño.

—¡Esperen! —exigió, mas ya era tarde.

El perro y los dos hombres de Scotland Yard se habían introducido en el despacho.

El animal fue directo a la maqueta del castillo. Se alzó de patas sobre el costado de la maqueta y comenzó a ladrar con fiereza.

—¿Qué significa esto? ¡Es un atropello!

—Mistress Wood, ¿qué puede tener este castillo que el perro ladra tanto?

—¡Nos va a dejar sordos, hagan que se calle, no puedo soportarlo! —gritó la mujer.

El sargento dio unos golpes de atención al animal que se calló, sentándose sobre sus cuartos traseros sin dejar de vigilar al pequeño pero siniestro castillo al tiempo que gemía dando a entender que se estaba quieto porque se lo imponían, pero que allí había algo que él había olfateado.

—Este castillito lo compré en la Royal Symbol Gallery, puedo enseñarles la factura.

—Sí, por favor, muéstremela.

—No faltaría más, yo lo tengo todo en regla.

Mientras aguardaba a que mistress Wood regresara con la factura, Brunnigan se dedicó a observar con mucha atención el castillo, no descubriendo nada de particular en él y comprobando que, por su capacidad, debajo no podía esconder ningún resto humano.

CAPITULO VIII

Ian B. Norton permanecía sentado en los peldaños de la escalera, fumando un cigarrillo.

Había oído ladrar al perro policía y confiaba que hubiera descubierto algo, mas había que esperar a que salieran.

Mistress Joan Wood era una mujer muy arisca que parecía temer ser descubierta o que le quitaran algo que tenía en gran estima.

Se produjeron unos ruidos en el ascensor. Se puso en funcionamiento y, al fin, se detuvo en el rellano alto.

Ian B. Norton, sin levantarse de donde se hallaba, miró hacia la puerta enrejada que se abrió. Al instante apareció una muchacha espigada y muy rubia, una mujer hermosa, de líneas finas pero que no carecía de las redondeces apropiadas, unas redondeces que el largo jersey que vestía disimulaban en parte, aunque no las borraba del todo. Los pechos se notaban erguidos, adivinándose duros y cálidos.

Ian observó que llevaba dos maletas, una pequeña y la otra bastante grande y pesada. Se levantó para ofrecerle una mano.

—No, gracias, ya estoy en casa.

—¿Su casa es ésta? —Ian señaló la puerta donde vivía mistress Joan Wood.

—Sí, ¿ocurre algo?

—Pues...

Ella mostró preocupación en su bello rostro.

—Dígame, ¿qué hace usted aquí en la escalera, esperando? ¿Quién es?

—Soy Ian B. Norton. Ian a secas, y es mejor que nos tuteemos, Janet.

—¿Cómo sabes mi nombre? —se sorprendió, aunque aceptó el tuteo con naturalidad. No podía recelar del todo de Ian; había franqueza en su rostro barbado y en sus ojos castaño rojizos.

Se volvió al oír unos ladridos que luego se acallaron. Miró hacia la puerta de su casa, inquieta.

—¿Qué está ocurriendo?
—No te asustes, Janet, es la policía.

—¿La policía?
—Sí, Scotland Yard.

—¿Qué hacen en mi casa, le ha ocurrido algo a mi madre? —Se volvió hacia la puerta y llamó—: ¡Mamá, mamá!

—Un momento, calma, tu madre está bien —le dijo Ian, interponiéndose entre la joven y la puerta.
—¡Suéltame!
—Calma, calma, la policía está dentro haciendo algunas averiguaciones.

—¿Qué clase de averiguaciones?

—Mejor es que te lo diga tu madre, pero no te muestres excitada.
—¿Qué ha pasado?

En aquel momento se abrió la puerta del piso y apareció mistress Wood. Al descubrir a

la joven no pudo contener una exclamación de sorpresa.
—¡Janet!

—¡Mamá!

Mistress Wood se percató de que Ian B. Norton había estado junto a su hija y rugió enfurecida:
—¿Qué hace todavía aquí? ¡Márchese! Janet, ¿no le habrás creído...?
—No entiendo nada, mamá, ¿qué es lo que pasa?

—Disculpe por las molestias, mistress Wood. Usted, Norton, véngase con nosotros, ya ha molestado bastante —casi gruñó el inspector.
—De acuerdo, inspector. Adiós, Janet. Si te falta ayuda, búscame.

Janet le miró desconcertada, sin comprender. ¿Qué ayuda podía brindarle aquel joven desconocido que con su mirada tanto la había impresionado?

—Pasa, Janet, y a ti, hijo de Satanás, no quiero verte más por mi casa.' Si osas molestar a mi hija, acudiré al juez —le increpó la viuda.

Ian Norton se alejó en compañía de los policías y del perro policía que gemía y, de cuando en cuando, volvía su hocico hacia atrás.

—¿Qué han descubierto, inspector?
—Salvo que la casa huele mal, muy mal, nada.

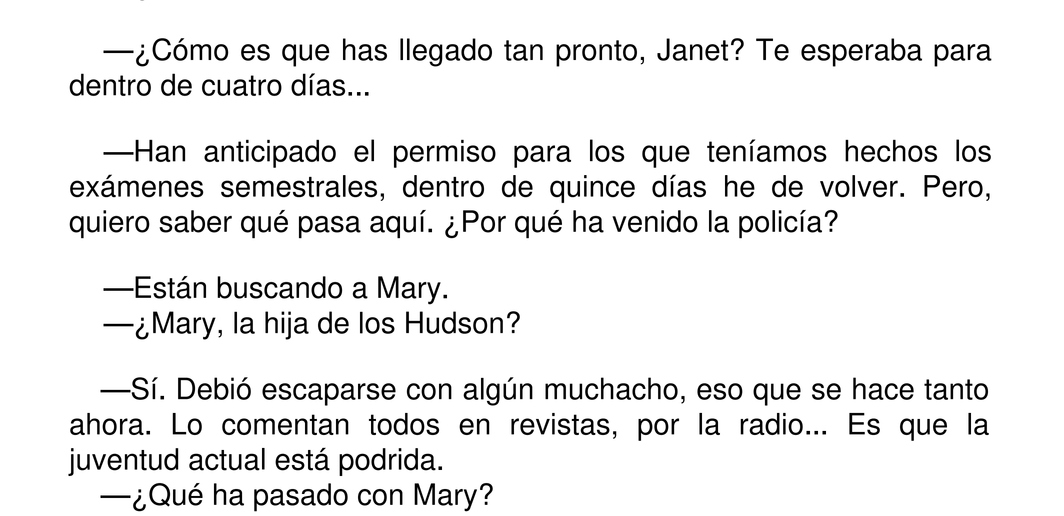
—Huele a cadáver, ¿no?

—Es posible. Puede haber metido un gato muerto dentro de ese castillo y sin una orden judicial no podemos romperle la maqueta para ver que hay en su interior.
—Pues, pida la orden judicial.
—¿Para qué?

—Pues, ¿para qué va a ser? Para ver qué hay dentro de la maqueta.

—Vamos, Norton, no pretenderás que le diga al juez que necesito una orden para descubrir un gato o una rata muerta dentro de la maqueta de un castillo. Todavía no estoy loco y el juez no va a enviar un informe a la superioridad para que me psicoanalicen.

Mistress Joan Wood hizo que su hija pasara al interior de la casa,



ayudándole a entrar rápidamente las maletas.

—¿Qué ocurre, mamá?

—¿Cómo es que has llegado tan pronto, Janet? Te esperaba para dentro de cuatro días...

—Han anticipado el permiso para los que teníamos hechos los exámenes semestrales, dentro de quince días he de volver. Pero, quiero saber qué pasa aquí. ¿Por qué ha venido la policía?

—Están buscando a Mary.

—¿Mary, la hija de los Hudson?

—Sí. Debió escaparse con algún muchacho, eso que se hace tanto ahora. Lo comentan todos en revistas, por la radio... Es que la juventud actual está podrida.

—¿Qué ha pasado con Mary?

—No aparece y la policía la busca con ese asqueroso perro que llevan, pero no la encontrarán; ahora todos los sinvergüenzas tienen coche y no creo que un perro pueda seguir a un coche.

—¿Coche? Por cierto, ¿la ranchera de papá está en el garaje de siempre?

—Sí; no sirve para mucho, pero está en buen uso todavía.

—La utilizaré estos días, quiero ir a unos cuantos lugares. ¿Por qué no te sacas el carnet de conducir, mamá? Cuando probabas con papá manejabas bien el volante, no te costaría nada sacarte el permiso.
—Tonterías, a mí no me gusta conducir.
—Pues cuando vivía papá, te gustaba y no lo hacías mal por el campo.

—Aquello era jugar, no otra cosa. Si no fuera porque tú te has empeñado en que lo conserváramos, ya habría tramitado su venta, lo malo es que sólo nos van a dar unos pocos chelines por ese cacharro pasado de moda.

—Mientras funcione sirve, mamá, pero ¡uff, qué olor más insoportable!
—Ya, ya abriré las ventanas. Es que como hace tanto frío...

—Es obligado airear la casa, mamá, hay un hedor insoportable. ¿Es que no te das cuenta?

—Pues no, no mucho. Como me paso todo el día en casa, debo haberme acostumbrado.

Mistress Wood se apresuró a abrir la ventana del saloncito que daba a la calle. Vio como se alejaba el coche policial, pero Ian B. Norton se quedó en la calle.

El joven volvió su mirada hacia arriba, encontrándose con la de mistress Wood que le observaba a él. La mujer se apresuró a retirarse hacia el interior del saloncito para no tener que seguir soportando la mirada del joven barbudo de pupilas penetrantes. Aquel joven no estaba dispuesto a ceder, porque se hallaba convencido de que su amiga Clare había desaparecido en aquel lugar,

—¡Janet! —interpeló mistress Wood.
De pronto, descubrió que la joven no estaba en el saloncito y volvió a llamar.

—¡Janet, Janet!
Comprendiendo de súbito lo que podía suceder, corrió hacia el despacho.

Janet había entrado en él y observaba el castillo con curiosidad, aquella maqueta tan singular como perfecta y hasta bella dentro de lo

siniestra.

—Mamá, parece que el hedor sale de aquí. ¿Qué es esto, por qué está aquí?

—¡Janet, sal en seguida!

—Pero mamá, este castillito...

Mistress Wood, incapaz de explicarse con palabras, cogió a su hija por el brazo y la sacó del despacho con una brusquedad inusitada, desconocida para la joven.

Inmediatamente, la viuda cerró la puerta con llave y se la guardó en el bolsillo.

—Pero mamá, ¿qué pasa?

—¡No vas a entrar más en el despacho!

—¿Por qué, qué hay ahí dentro?

—Pues, pues, de ahí viene el mal olor, tú lo has dicho... Cerrando la puerta, el mal olor no se propagará al resto de la casa, será lo mejor. La airearemos bien, compraremos un spray aromático y lo vaporizaremos todo, verás como olerá mejor...

La cogió por el brazo empujándola hacia el saloncito, no pudiendo evitar que, de paso en paso, Janet volviera su cabeza para mirar intrigada hacia el despacho, cuya puerta estaba cerrada.

—Estos días serán de descanso para ti, no vas a tocar los libros, siempre estás

estudiando. ¿Sabes?, tienes razón respecto a la ranchera de tu padre. Como tú sí tienes carnet, la tomaremos y nos iremos unos días por ahí, adonde a ti te parezca mejor.

—Lo siento, mamá.
—¿Qué pasa, por qué lo sientes?

—Es que traigo dos suspensos.
—¿Dos suspensos, tú?

—Sí, yo, que no soy una computadora. Tengo que repasar algunos libros de los que hay en la biblioteca.

Mistress Wood veía en todo aquello muchas dificultades y, de pronto, sonrió, creyendo haber encontrado la solución.

—Lo que te pasa es que estudias mucho y ahora estás cansada, fatigada, necesitas un descanso. Verás como luego, más recuperada, estudias mejor, eso te lo diría cualquier médico. Debe descansar tu cabecita, hija, eso es. Yo te prepararé un caldito de pollo que te repondrá. Uy, si tienes hasta ojeras... Me parece que te pondré un chorrito de Sherry en el caldo y luego, un vaso de leche calentita. Te comerás un *roast-beef* de los que tu madre sabe preparar y que a ti tanto te gustan. Aunque me lo jures no voy a creer que allí en Oxford te sirvieran como yo en la mesa.
—La verdad es que era diferente, pero...

—Calla, calla y siéntate. En un momento, en la cocina lo arreglaré todo. Te tengo a ti y a nadie más en el mundo y lo quiero todo para ti, Janet, todo. Me gustaría que algún día, si muero, poder dejarte una herencia que te haga rica.

—¿Una herencia? Vamos, mamá, si tú no tienes dinero.
—Quién sabe, algún día todo puede cambiar.

—No me digas que juegas a las quinielas...

—¿Y por qué no? Y al bingo, son mis diversiones, no querrás que me pase todo el día encerrada en casa, sola.
—El castillito ese que hay en el despacho, ¿de quién es?
—Mío.

—¿Tuyo?

—Sí. Fue una tontería, lo reconozco. Gané unas libras al bingo y

me metí en una subasta. Pusieron a la puja un castillo y lo compré, eso fue todo.

—Pero, ¿ese castillo...?

—Si no te burlas, te confesaré que yo creía comprar un castillo de verdad y luego resultó que había comprado eso que has visto. Cualquier día hago que se lo lleven, abulta mucho y ocupa mucho lugar en el despacho. Sí, eso; haré que se lo lleven...

Mistress Joan Wood se fue a la cocina. Su hija, al verse sola en el saloncito, se asomó a la ventana.

Delante, en la cervecería' que había en la otra acera, descubrió al joven de la barba, aquel joven de ojos castaños que tanto la habían impresionado; quizá, se decía a sí misma, por la forma inesperada con que se había encontrado con él.

CAPITULO IX

El apartamento olía a una mezcla de pino y limón. Habían gastado tres frascos grandes de *spray* con el que habían pulverizado sillones, muebles, camas y ropa en general después de haber aireado suficientemente la casa que había adquirido una temperatura muy fría, la frialdad que hacía en la calle.

Pese a todo, seguía oliendo a cadáver, aunque mucho más disimulado. Era como si aquel hedor se hubiera pegado a las paredes, a los viejos papeles pintados que las cubrían.

Janet cenó sin apetito, simplemente por tranquilizar a su madre. Luego, estuvo viendo un programa en el viejo televisor de blanco y negro, ya raro de encontrar, vetusto como la mayoría de las cosas que encerraba el apartamento, a excepción de la juvenil Janet.

—Tienes tu dormitorio preparado, con la ventana que da a la calle entreabierta. Algún día cambiaremos de casa; iremos a un área-jardín y compraremos una casa con jardincito...

—Eso vale mucho dinero, mamá, y yo tardaré en trabajar. Me faltan dos años completos para terminar mis estudios y comenzar a ganar un salario que pueda llamarse aceptable.

—La suerte nos ayudará, ya lo verás. Todo lo que no he tenido en mi juventud lo tendré a la vejez.
—Mamá...

—Ya, ya sé que todavía no soy vieja, pero la vida pasa tan aprisa que una no se da cuenta y cuando se entera, ya está en la vejez. Pienso que pasando por un buen instituto de belleza, de ésos donde te estiran las arrugas, tiñéndome bien el cabello y comprándome ropa adecuada, podría rejuvenecer bastante.
—Estoy segura, mamá, pero eso cuesta mucho dinero.
—Todo, todo vale dinero. El dinero es la solución para todo.

—Para todo no, mamá.

—Calla, calla, ¿qué sabes tú? Eres joven y lo tienes todo. En fin, no hablemos más de eso. Dejemos que sea la suerte quien se ponga de nuestro lado.

—No confíes en la suerte no es conveniente hacerlo.

—Quién sabe. La suerte anda por ahí, un día se fija en una persona y todos sus problemas acaban.
—0 comienzan.

—-Hija, Janet, todo lo ves mal, no se puede hablar contigo —protestó, molesta tras las últimas palabras de la muchacha, que ya se había levantado de la butaca desde la que había contemplado el programa televisivo.

Janet fue hacia su dormitorio. Desde el corredor lanzó una ojeada a la puerta del despacho que continuaba cerrada.

Se desvistió y se metió en la cama. Dio a entender a su madre que tenía mucho sueño y eso le pareció bien a mistress Wood, que cerró la puerta de la alcoba cuidadosamente para evitar estridencias.

Después, pasó al saloncito y se acomodó en la butaca, aguardando a que el reloj de carillón marcara las horas.

Cuando fueron las doce, se levantó y despacio para no hacer ruido, avanzó por el pasillo. Tras pegar la oreja a la habitación de su hija y no oír nada, siguió adelante hasta la puerta del despacho.

Sacó la llave de su bolsillo y la introdujo en la cerradura. Abrió la puerta y pasó al interior del despacho, encendiendo la luz de la lámpara que se hallaba sobre un anaquel. El siniestro castillo del conde Roxlasky quedó iluminado.

No tuvo que llamar al alquimista Crowen. Estaba en la explanada del castillo, delante del cementerio.

Junto a Crowen se hallaba el lobo que solía acompañarle. Por lo pequeño que era aquel personaje, mistress Wood no conseguía verle el rostro a la perfección, máxime porque llevaba la capucha del sayo, mas la mujer ya conocía su aspecto, un aspecto sobrecoge-dor que había quedado impresionado en las fotografías.

—¿Cómo estás, Crowen?
—Mujer, ¿dónde está la doncella?

—No hay más doncellas por el momento, hay que esperar. La policía recela, ya habrás visto el perro que han traído. Sospechan de mí.

—Mujer, tú tienes una doncella en tu casa. Dile que venga y serás recompensada como siempre.
—¡No!
—Llámala, es tu deber.

—No —insistió firme, pero a la vez temerosa.

—Mujer, tienes que ayudarnos a morir y sólo lo conseguiremos cuando nos traigas las doncellas.

—Ahora no puedo traer más chicas, ya te lo he dicho, sospechan de mí. ¿Por qué no se lo dices a tu amo el conde? Dile que salga, yo misma se lo diré. ¿Por qué no sale? Nunca lo he visto.

—Está esperando.
—¿A que le hable?

—No —respondió con su voz lúgubre y profunda—. Está esperando a que traigas la doncella que guardas en tu casa.

—Ella no, Crowen, ella no.
—Es muy hermosa, yo la he visto.

—Es mi hija, ¿oyes? Mi hija, y te guardarás mucho de llamarla.

—Será para ti un gran honor que tu hija venga aquí. Yo, con mis poderes, haré que tome mi tamaño.
—¡No, ella no!
—‘Mujer tráela y te recompensaremos, si no lo haces, te castigaré como mereces.

—No me harás nada, Crowen, no puedes hacerme nada. Yo puedo destruirte a ti, a tu amo y al castillo; me pertenecéis.
—Nosotros no pertenecemos a nadie, mujer.

—Deberíais estarme agradecidos y, sin embargo, pedís más y más, sois insaciables y no sabéis esperar. Ya os he dicho que ahora es peligroso traer más jóvenes. La policía sospecha de mí, ha habido demasiadas desapariciones, me he arriesgado mucho.

—¡Tu hija, mujer, trae a tu hija esta noche, tráela!

Incapaz de hacer razonar al exigente Crowen, que no parecía dispuesto a ceder, mistress Joan Wood levantó la tapa frontal de la caja de lárice. Puso los pasadores y finalmente cerró la tapa superior, colocando la llave.

—Estáis encerrados, se acabó, ya soy suficientemente rica.

Se echó a reír mirando la gran arca negra cerrada, conteniendo en su interior el castillo del conde Roxlasky con sus espectrales y diabólicos personajes. No quería volver a verlos.

Abandonó el despacho, cerrándolo con llave para que su hija no pudiera entrar en él. Fue a su cuarto para dormir, mas no consiguió conciliar el sueño. Pensaba en el alquimista Crowen, en el conde Roxlasky que se ocultaba dentro del castillo y en las víctimas que habían ido desapareciendo, una a una, dentro del castillo.

Pensó luego en Janet, en las bolsas de monedas de oro, en el dinero que le reportarían y lo que haría con él. Y nunca nadie podría averiguar nada, nadie podría acusarla de nada.

Lo que mistress Wood ignoraba era que su hija había permanecido despierta, vigilando. La vio entrar en el despacho y encerrarse en él, escuchando a través de la puerta lo que la mujer hablaba. Sin embargo, por lo lejano de su voz, no había oído al mefistofélico Crowen y la muchacha pensó que su madre hablaba sola.

Al día siguiente, Janet se encontró con el desayuno preparado. La muchacha había dormido bastante mal.

—Mamá, tengo que consultar unos libros.

—Te he dicho que debes descansar unos días.

—Mamá, creo que quien debe descansar eres tú.

—¿Yo, qué tonterías dices?

Janet vaciló.

—Verás, te oí hablar anoche, en el despacho.

—¿Cómo?

—Sí, hablabas sola.

—¿Me espiaste?

—Me preocupas, mamá. Has pasado demasiado tiempo sola y eso no es bueno. ¿Desde cuándo tienes la costumbre de hablar sola?

—Pues, pues, no sé... —mintió. Ya que su hija no había oído a Crowen, pensó que era preferible que siguiera ignorando su existencia.

—Tengo que llevarte a un médico, mamá, te veo muy inquieta. Algo debe haberte ocurrido, ¿qué ha sido?
—No sé a qué te refieres. Anda, tómate la leche.

—Mamá, algo te ha pasado, dímelo —insistió Janet—. ¿Es que no tienes confianza en mí, en tu hija? ¿Acaso quieres que preste oídos a lo que sospecha la policía?

Mistress Wood se derrumbó en su silla y apoyando los codos sobre la mesa de la cocina, comenzó a sollozar.
—¿Qué te pasa, mamá, te he dicho algo malo? Te hablo por tu bien.
—¡Janet, Janet, tengo la oportunidad de ser rica, rica, lo que nunca he sido en mi vida!

—¿Qué tratas de decirme, mamá?
Explícate, por favor. Con lágrimas
en los ojos, miró a su hija.
—Ha sido el castillo, el castillo del conde Roxlasky.
—¿Qué ocurre con él, además de oler tan mal?

—Janet, si encontraras un tesoro, ¿qué harías?

—Pues, según qué tesoro sea hay que comunicarlo a las autoridades competentes, es lo legislado. Si los tesoros tienen un valor arqueológico hay que denunciarlos; el gobierno compensa, pero hay que denunciarlos.
—Si lo hago se lo quedarán todo y es mío, mío.
—Pero mamá, ¿de qué tesoro estás hablando?

—Verás, Janet, compré ese castillito y creí que había tirado el dinero, mis libras ganadas al bingo. Luego, al observar mejor el castillo, descubrí que en su interior guardaba un tesoro.

—¿De verdad que había un tesoro dentro del castillo?

—Sí, sí y lo quité deprisa. Ya has visto a los policías, eso es que alguien sospechaba y me ha denunciado a las autoridades, lo de las chicas desaparecidas sólo es un pretexto — mintió mistress Joan Wood—. Ellos buscan el tesoro, mi tesoro. Quieren arrebatármelo y me pertenece.

—Pero, mamá, ¿de qué estás hablando? Nadie va a quitarte nada.
—¿Seguro que no?

—Claro que no.
—¿No me vas a denunciar?

—¿Piensas que yo, tu hija, te iba a denunciar? Mamá, cada vez pienso con más firmeza que te hace falta un médico.

—No, no es cosa de médicos. Ahora te mostraré el tesoro que he encontrado debajo de ese castillo. Estaba muy bien oculto, han pasado siglos sin que nadie lo descubriera.

Janet miraba a su madre con el ceño fruncido al tiempo que con una profunda pena. Mistress Joan Wood se apresuró a sacar de la alacena tres grandes cacerolas que

pesaban, a juzgar por lo que le costó sacarlas de los estantes. Las puso sobre la mesa, destapó una de ellas y asiendo una de las bolsas de cuero que tenía en su interior, la sacó, mostrándola a su hija.

—Janet, aquí está el tesoro del conde Roxlasky, somos ricas ahora. Podemos marcharnos adonde nos parezca, lejos de aquí.
—Mamá, ¿estás segura de lo que dices?

—Sí, Janet, sí, completamente segura. Mira, monedas de oro, muy antiguas y valiosas...

Abrió la bolsa. La puso boca abajo y sobre la mesa cayó un montón de piedras de río, más o menos redondeadas por la acción de las aguas.

Janet miró las guijas y luego a su madre, que se había quedado como muda por la sorpresa.

Mistress Wood alargó sus dedos para tocar las piedras con patente incredulidad. Las dejó caer y con un brusco arrebato, tomó otra bolsa, vaciándola. De ella salieron igualmente piedras redondeadas.

Bajo la mirada expectante de su hija, destapó otra de las cacerolas sacando más bolsas de cuero y vaciándolas. Todo eran piedras de río, del tamaño aproximado de monedas, pero piedras y no oro. Lo mismo ocurrió con la tercera cacerola.

Joan Wood hizo saltar las piedras entre sus dedos, riéndose con unas carcajadas histéricas que, poco a poco, dejaron paso al llanto.

—No te apures, mamá, todo pasará, ya lo verás. Has estado demasiado sola.

—¡Maldito Crowen, me has engañado, maldito mil veces, maldito hijo de Satanás, me las pagarás, me las pagarás!

CAPITULO X

Cuando Janet Wood entró en el bar-cervecería, dentro del local había gran cantidad de humo y rumor de charlas.

No le costó encontrar a Ian B. Norton que permanecía cerca de las ventanas, sentado ante una mesa desde la que podía controlar la calle.
La joven caminó rectamente hacia él y se sentó en la misma mesa.
—¿Qué estás esperando? —le dijo a guisa de saludo.

—Janet, si has venido es porque sabes algo.
—¿Qué es lo que crees que debo saber?

—No hagas un juego de adivinanzas. Si has averiguado algo sobre las desaparecidas, debes decírmelo.

—Es inútil que busques a desaparecidas en mi casa.

—Yo tenía una amiga que subió a tu casa cuando yo estaba en este mismo lugar y no volvió a bajar jamás, por lo que creo que sigue arriba.

—Es absurdo.

—Tu madre debe tener un escondite especial para sus víctimas y, además, ha de tener un cómplice.

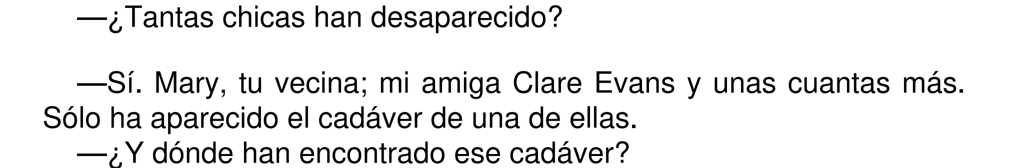
—¿Un cómplice? Desvarías, arriba no hay nadie y tampoco hay donde ocultar un cuerpo. ¿Por qué no dejas en paz a mi madre? No está bien de los nervios y necesita que la dejen tranquila.

—Janet, sé que es tu madre y que cuanto te diga no podrás creerlo. No te culpo por ello; sin embargo, por muy madre tuya que sea, no creo que vayas a consentir que sigan habiendo crímenes.

—Mi madre está enferma, eso es cierto, pero por lo que estoy oyendo, tú también lo estás.

Hizo ademán de marcharse, pero Ian le cogió la muñeca con un gesto de ruego para que siguiera allí, junto a él.

—Janet, en tu casa ocurren cosas muy raras. La policía busca la explicación a un montón de desapariciones en esta zona, todas de



chicas jóvenes y hermosas como tú.

—¿Tantas chicas han desaparecido?

—Sí. Mary, tu vecina; mi amiga Clare Evans y unas cuantas más. Sólo ha aparecido el cadáver de una de ellas.

—¿Y dónde han encontrado ese cadáver?

—Cerca de unas casas abandonadas. Metieron a la chica dentro de una bolsa de plástico y la arrojaron al interior de un pozo. La joven murió torturada por un látigo y también fue violada.

—Mi, madre no puede haber participado en una cosa tan horrible como la que me cuentas.

—Sí, es horrible, pero ¿dónde están las otras?

—Que las busque la policía.

—Ya lo hace, y no encuentra solución a este misterio. En la desaparición de estas muchachas hay algo que escapa al raciocinio.

—No irás a creer en magias o cosas de ésas...

—No creo, pero a lo peor algún día he de creer en contra de mi voluntad.

—Mira, Ian, te agradecería que dejases a mi madre en paz. Ella no tiene nada que ver con esas desapariciones; lo que sucede es que no está muy centrada y ofrece una imagen y un comportamiento extraño.

—¿Y qué crees que es lo extraño de tu madre? Te lo pregunto para ver si así me quitas de la cabeza el que sospeche de ella.

—Verás, mi madre es viuda, está mucho tiempo sola y se aburre. Ha tomado algunos medicamentos como si fueran drogas. Después compró esa maqueta del castillo y dentro de ella encontró unas bolsas de cuero que creyó constituían un tesoro.

—¿Y lo es?

—No.

—¿Por qué?

—Ella creía que eran monedas de oro lo que contenían las bolsas, cuando en realidad eran piedras de río. Quiero llevarla a un psiquiatra para que la ayude, pero ella se resiste. Tiene manía persecutoria y cierra la puerta del despacho para que nadie se acerque a su castillito. Como verás, en esta historia que acabo de contarte no toma parte ninguna chica que haya podido desaparecer.

—De modo que todo su problema es el dichoso castillo...

—Sí. ¿Lo has visto?

—Sí, y el perro de la policía lo ha olfateado. El animal ha olido a cadáver.

—Una tontería. El castillo es pequeño y allí no cabe ni un gato muerto.

—Janet, ¿qué sabes tú del conde Roxlasky?

—¿Qué voy a saber, acaso existió ese personaje?

—Sí, existió, aunque su historia es legendaria. He estado recorriendo bibliotecas, buscando datos.

—¿Es importante su historia?

—No lo sé, pero pienso que si tú deseas curar a tu madre creyendo que anda un poco trastornada, debes conocerla. Además, es ciertamente singular.

—Entonces, cuéntamela.

—Según las leyendas, ese personaje vivió en tierras de lo que hoy, políticamente, es Rumania y creo que sus posesiones tocaban un país colindante. En fin, eso no importa demasiado, iré a la parte más anecdótica. El tal conde Roxlasky era un ser despreciable que abusaba de su poder sobre sus vasallos. Era cruel y despiadado. Muchos de sus siervos habían sufrido mutilaciones como castigo y otros habían sido ahorcados por motivos fútiles. Junto a este personaje siniestro y despreciable que existió por el siglo XIII, había otro llamado Crowen que era alquimista.

—¿Crowen, has dicho? —inquirió Janet palideciendo.
—Sí. ¿Has oído hablar de él?

—Mi madre ha pronunciado ese nombre. Continúa, por favor.

—Según cuenta la leyenda, Crowen ofreció misas negras a Asmodeo, diablo sátiro del que se declaraba siervo. El caso es que Crowen obtuvo para su amo el conde un plazo de inmortalidad.

—¿Un plazo de inmortalidad, no es eso una paradoja?

—No es. Por lo que dice la leyenda, que está escrita en latín, cabe deducir que cuando el conde falleciera, sobreviviría a su propia muerte todo el tiempo que tardara en hacer suyas a tantas doncellas vírgenes como años tuviera en el momento de la muerte.

—¿Y cuántos años tenía?
—Según la leyenda, cincuenta y dos.

—Pero, eso es una tontería. Si estaba muerto...

—En el pacto entraba Crowen, el ministro del diablo Asmodeo con el que habían hecho el singular convenio y un lobo que solía acompañar al alquimista.
—¿Un lobo?
—Sí.

—Qué extraño...
—¿Por qué?

—Esta noche me ha parecido oír el aullido de un lobo, supongo que era una pesadilla. Sigue, sigue con el relato de ese siniestro conde y su alquimista.

—El conde Roxlasky fue colocado en un catafalco que era un lecho para poder amar, ya que aún muriendo e iniciándose su corrupción, su alma no podía abandonar el cuerpo hasta haber conseguido las cincuenta y dos vírgenes.

»Por lo visto, el conde Roxlasky había esperado conservarse mejor después de muerto, pero no tuvo suerte. Su aspecto era horripilante, lo mismo que el de su lacayo Crowen.

»Las doncellas vírgenes debían estar muertas por suplicio a manos del sádico Crowen antes de serle entregadas; luego, las sepultarían en el cementerio del castillo para que pudieran ser contadas y al llegar a las cincuenta y dos, el conde y Crowen alcanzarían la muerte eterna.

»Al fallecer el conde y ser colocado su cadáver viviente en el catafalco del gran salón, el castillo fue abandonado por sus siervos. Crowen, con su diabólico poder, fue a la caza de doncellas que llevaba a su amo, quien al verse con tan espeluznante aspecto, deseó morir, pero no lo conseguiría hasta satisfacer lo que él, en vida, había creído que sería algo fascinante, pero que una vez muerto ya no se lo

pareció tanto.

»El pánico cundió en muchas leguas alrededor del castillo. Crowen era muy poderoso y lograba llevarse a las doncellas, una a una.

»Los habitantes del condado, aterrorizados al conocer lo que les ocurría a las muchachas, llamaron a una maga exorcista de Noruega que llegó acompañada de escolta. Dicha exorcista también poseía poderes que la hacían temible. Los habitantes de la región le suplicaron que les librase del conde Roxlasky y su maldición de llevarse a su lecho a las doncellas previamente asesinadas por tortura.

»La exorcista se apiadó de ellos, mas les hizo saber que Crowen había hecho un pacto con Asmodeo, príncipe de las tinieblas, y que ella no podía anularlo. Estuvo un tiempo en el condado y Crowen se mofó públicamente de ella mientras recorría las aldeas buscando vírgenes para su amo. Al fin, la exorcista noruega encontró una solución inesperada para todos. Utilizó sus poderes, combatiendo al diablo, y logró reducir a miniatura el castillo del conde Roxlasky y cuanto él contenía, incluyendo a sus siniestros personajes. Los encerró en un arcón y éste se perdió; nadie más volvió a saber de ellos y la historia del conde Roxlasky se transformó en leyenda, puesto que nunca se encontró el castillo donde se supone existió.

—Una fantástica leyenda del medievo, pero sólo eso, una leyenda que no puede ser cierta. Nadie en nuestro tiempo creería en ella, sería absurdo.

—Nadie, no, tu madre cree en ella.

Janet se quedó tensa de pronto y tuvo que admitir:

—Es cierto, pero ¿crees que esa maqueta del castillo es la auténtica?

—Sí, considero que es la auténtica. Yo la he visto, aunque no con todo detalle. Ahora, después de conocer la leyenda del conde Roxlasky, me agradaría volver a ver mejor ese castillito que guarda tu madre.

—¿Supones que encontrarías algo en él?

—Te pareceré un demente, pero la leyenda asegura que el conde, su alquimista y el lobo, quedaron miniaturizados con el castillo por la maldición de la exorcista noruega.

—Eso es absurdo.

—La leyenda dice que ellos son cadáveres en lenta corrupción y ese castillito de tu madre huele a cadáver.

—Han pasado muchos siglos y por muy lenta que fuera la corrupción... Además, todo es una siniestra locura.

—El conde no podía morir hasta haber poseído a tantas doncellas como años tuviera en el momento de su muerte y no le dieron tiempo a conseguir ese número. Por lo tanto, según la leyenda, no puede haber muerto definitivamente salvo que haya alcanzado la cifra acordada en su pacto con el príncipe de las tinieblas, Asmodeo.

—Oye, Ian, ¿qué estudias tú?

—¿Importa eso?

—La verdad, sí importa.

—¿Crees que soy uno de los que se dedican a estudiar magia negra, parapsicología o espiritismo?

—No me negarás que no puedo pensar otra cosa después de lo que me has contado.

—Estudio sociología y soy de los que opinan que muchas acciones

que se han considerado simples leyendas han sido verdad; lo que sucede es que los testigos de su tiempo las han contado cada cual a su manera, lo mismo que si ahora, en la calle, ocurre un accidente y preguntamos a los testigos por separado.

Cada uno nos explicará algo diferente a los otros. Sí, creo que hay muchas cosas que no encajan dentro de las medidas racionales y exactas de la ciencia ortodoxa y también pienso que es mejor así, porque sólo de esta manera podremos evitar que el mundo sea todo él una locura. Negar sistemáticamente algo porque la ciencia ortodoxa lo niega, es una forma fácil de apartar nuestros pequeños o grandes miedos.

—Por muchas teorías que tengas, no conseguirás que crea esa historia.

—Es tu derecho, pero ¿por qué no hacemos algo en serio?

—¿Como qué?

—Podrías facilitarme entrar en tu casa y los dos al mismo tiempo, armados con una lupa para ver mejor y algo para abrir ese castillito, veríamos lo que encierra.

—¿Sacaríamos algo con ese examen?

—Hasta que no lo practiquemos no lo sabré.

—Mi madre ha cerrado el despacho; no quiere que entre en él. Se muestra firme en ese punto.

—¿No podrías conseguir la forma de que no nos viera entrar? Después de todo, si averiguamos algo, podríamos ayudar a tu madre. Posiblemente conoce la historia del conde Roxlasky y está influenciada por la maligna presencia del castillo que ella considera auténtico.

—Tienes razón —aceptó con un susp iro — Si podemos descubrir algo que la ayude...

—Le miró a los ojos—. Pero, para eso, primero tendría que confiar en tí y yo, en realidad, no te conozco.

Ian Norton acercó sus labios a los femeninos y la besó con suavidad, pero tan acertadamente que ella se vio obligada a cerrar los ojos de placer ante la caricia.

—Ya me conoces, Janet, ya me conoces.

CAPITULO XI

—Pasa, pasa...

Ante el gesto y la actitud apremiante de Janet, Ian B. Norton penetró en la casa.

—¿Seguro que no está?

—Seguro.

—Es que si tu madre me ve aquí, llamará a Scotland Yard; no puede verme.

—No temas, te he hecho entrar yo. Anda, ven.

Anduvieron por el corredor hasta enfrentarse con la puerta del despacho-biblioteca. Janet empujó la hoja de madera que no cedió.

—¿Lo ves? La deja cerrada.

—Después de lo que me dijiste, me he provisto como si fuera un ladrón y teniendo en cuenta el tipo de cerradura que es, veremos si hay suerte. Después de todo, es una cerradura muy vieja y de tipo standard.

Ian sacó un aro del que colgaban varias llaves, todas ellas bastante parecidas. Introdujo la primera en la cerradura y no hubo suerte. Probó varias hasta que una de

ellas, forzando un poco, dio resultado.

—Hum, servirías para caco.

—No será tanto. Es que la cerradura, por ser de interior de vivienda, es muy mala, un modelo de lo más simple. Adentro.

Pasaron al interior del despacho. Cuando Janet abrió la luz que pendía del techo, pudieron ver la fúnebre caja negra, aquel arcón de madera de lárice colocado sobre el escritorio. Ian cerró la puerta desde dentro utilizando la misma llave.

—¿Por qué cierras?

—Para que no nos sorprendan. Si llega tu madre y ve la puerta cerrada no supondrá que estamos dentro.

—Es cierto.

Ian se adelantó hasta la caja negra.

—¿Cómo sigue tu madre?

—Muy rara. Después de la excitación se ha encerrado en un extraño mutismo, es como si hubiera enfermado más. Estoy muy preocupada y creo que esta maldita caja es la culpable.
—Enciende la luz de mesa y apaga la central.
—¿Vas a abrir la caja?

—Sí, esta caja que más parece un gran ataúd, un ataúd excesivamente alto. Aquí está la llave...

Tomó la llave que colgaba de una cadena y la introdujo en la cerradura, dejando libre la tapa superior que levantó despacio. Quitó los pasadores y abrió la tapa lateral, dejando al descubierto el castillo.

—Es siniestro de veras y parece tan real...

—De lo que no cabe duda es que no se trata de una mala imitación actual. Este castillo es auténtico, pesan muchos siglos sobre él.

—¿Insinúas que este castillo es el mismo que, según la leyenda, fue empequeñecido por la exorcista noruega?

—No digo tanto, pero veamos...
—¿Qué quieres ver?

—No sé, descubrir algún detalle significativo.
—¿Como qué?

—No lo sé con certeza. Mira, la puerta del castillo no cede —dijo oprimiéndola hacia el interior con el dedo.
—Esto es como un juguete macabro y no creo que averigüemos nada.
—Sí, parece pesado y vacío, huele muy mal, pero quizá encontremos algo...

—Es absurdo que pretendas encontrar vida aquí dentro.

—Vida o quizá muerte. Fíjate en el pequeño cementerio... ¿No te da la impresión de que algunas de las lápidas se ven un poco más blancas que el resto?
—Sí, el grupo de lápidas de la derecha son más blancas.
—Veamos qué pone en ellas. ¿Tienes una lupa?
—Sí, una que era de mi padre, es muy gruesa.

—Mejor, dámela.

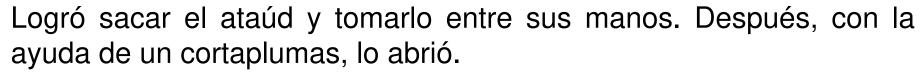
Ian B. Norton eligió la primera y pellizcándola entre sus dedos, la arrancó de la tumba correspondiente.
—Toma, la lupa...

Auxiliado por el grueso cristal de aumento de forma circular, Ian escrutó la inscripción de la lápida. Leyéndola, dijo:
—¿Te sugiere algo el nombre de Mary Hudson?

—¿Mary Hudson? No es posible, a ver, a ver... —Janet tomó la lupa, leyendo lo mismo que el hombre—. Dios mío, es cierto. Mary Hudson es la h ija de mistress Hudson...
—Parece que ya hemos descubierto algo, veamos ahora.

Ian raspó con el dedo en la tumba y fue levantando la tierra, ahondando hasta tocar algo sólido y liso. Siguió raspando hasta poner un féretro al descubierto.
—Ya lo tengo.

—Ian, no irás a decir que ese ataúd contiene restos humanos, es imposible. Ahí dentro no cabría ni un colibrí.
—Es cierto, pero ocurren tantas cosas extrañas...


Logró sacar el ataúd y tomarlo entre sus manos. Después, con la ayuda de un cortaplumas, lo abrió.
—¿Qué es eso blanco?
—Parece sal.

Con la ayuda del cortaplumas fue sacando la sal hasta que apareció un rostro torturado.
—Mira...

—Dios mío, es horrible.
—Aguanta y fíjate bien en este rostro, dime si lo reconoces.

Conteniendo sus náuseas, Janet escrutó con la lupa el rostro torturado y tuvo deseos de vomitar.
—Es horrible, Ian, horrible... ¡Es Mary, y no lo puedo comprender!

—Escapa a toda razón, a toda lógica, y supongo que el resto de tumbas corresponde a otras tantas muchachas desaparecidas.
Ian cerró el ataúd y volvió a colocarlo en su fosa. Siempre auxiliado por la lupa, buscó

entre las otras lápidas hasta hallar la que deseaba.

—Aquí está, Clare Evans...

Raspando con el dedo y el cortaplumas, desenterró el segundo ataúd, abriéndolo después.

—También tiene sal...

—Ian, no me digas que es ella, no podría soportarlo —gimió Janet.

Ian apartó la sal, quedando al descubierto la faz torturada, en la que había quedado impresionado el dolor que había tenido que soportar en el momento de su muerte.

—Es Clare Evans, no cabe duda alguna —musitó el hombre roncamente.

—No es posible, no es posible... —repetía Janet al borde de la histeria.

El despacho, con sus largos anaqueles repletos de libros polvorientos, se veía más lúgubre.

—Volveremos a enterrarla, ya nada se puede hacer por ella.

—¿Qué haremos, Ian, qué haremos?

—No lo sé. Aunque lo contáramos a las autoridades no nos creerían, y en el supuesto de que alguien nos creyera, jamás lo divulgaría. Ya hay demasiadas sectas de brujerías y espiritismos, sólo faltaría esto. No existe ninguna explicación racional para comprender lo que sucede con este siniestro castillo.

Se escuchó un ligero ruido que, no obstante, hizo exclamar a Janet:

—Es mi madre, mi madre, y nos va a descubrir aquí...

Ian se apresuró a cerrar la caja y la muchacha apagó la luz. Ambos se acuclillaron detrás de la gran mesa escritorio.

Se escucharon unas voces. Se abrió la puerta del despacho y encendieron la luz del techo.

—Ahí tiene la caja.

El hombre que acompañaba a mistress Wood lanzó un silbido.

—Eso parece un ataúd.

—No lo es. Dentro está la maqueta de un castillo.

—Usted siempre me encarga llevar bultos pesados, mistress Wood. Aún recuerdo lo que pesaba aquel baúl que me hizo cargar en su coche.

—Lleva la carretilla de ruedas de goma, ¿no? Pues no le es tan difícil, total sólo ha de bajarlo al coche y cargarlo. Le pago cinco libras y hay ascensor en la escalera.

—Bueno, acabemos cuanto antes.

Janet y Ian, conteniendo la respiración, permanecieron agazapados bajo la mesa, en el hueco que quedaba para colocar las piernas, y que por su parte frontal estaba cubierto por plancha de madera.

El mozo cargó la caja sobre la carretilla. Se le oía jadear, pero era un hombre fuerte y logró su propósito. Al fin, la carretilla se puso en marcha cargada con el gigantesco arcón.

—Yo le acompaño, me lo he de llevar.

Mistress Wood, una vez fuera del despacho el castillo del conde Roxlasky, dejó la puerta abierta. Su hija no corría peligro sacando el maléfico castillo de allí.

—¿Adónde irá? —preguntó Ian.

—Lo ignoro, pero es evidente que lo saca de casa y me parece que va a cometer la locura de llevárselo en la ranchera.

—¿Locura?
—Sí, mamá no tiene carnet de conducir.

—Yo tengo abajo un «Volkswagen», podemos seguirla.
—Sí, sigámosla y veremos qué se puede hacer.

—Pues, andando.
Y abandonaron el despacho rápidamente.

CAPITULO XII

La ranchera arrancó con un gran ruido e hizo unas maniobras peligrosas que obligaron a algunos viandantes a fijarse en ella.

Al ver que era una mujer mayor la conductora, comprendieron lo que ocurría. Mistress Wood no se arredró; tenía ligeras ideas de conducción y siguió adelante,
llevando tras ella el castillo del conde Roxlasky mientras avanzaba la noche.

No pasó ningún semáforo en rojo para no llamar la atención de los agentes que controlaban el tráfico.

Logró salir a la carretera sin percances, sin percatarse de que era seguida por un «Volkswagen». Era evidente que mistress Wood buscaba la salida a la campiña.

Varias veces se salió de la carretera, escapándosele el coche, mas volvía a controlarlo y recuperar su dominio.

Janet se tapaba los ojos cada vez que veía que su madre podía estrellarse contra un mojón o un poste.

Al fin, se salió por una pista forestal. Ian preguntó a Janet:
—¿Conoces este lugar?

—Por aquí habíamos venido algunas veces de vacaciones, cuando yo era una niña.

—Parece que quiere ir a algún lugar determinado... Por cierto, creo que en este sector se encontró el cadáver de la chica metida en una bolsa de plástico.
—No insinuarás que fue mi madre...
—No digo nada.

Apagó las luces del «Volkswagen» y siguió a la ranchera guiándose por sus luces de señalización posteriores.

Los pilotos rojos del stop se encendieron cuando la ranchera arribó a un claro frente a una casa de campo que semejaba abandonada. Rebasó el muro, internándose en el patio de la casa donde se podía ver un pozo.

Ian Norton detuvo su coche para no ser descubierto. Janet le preguntó ansiosa:

—¿Qué hacemos ahora?

—Acercarnos a pié.

Mistress Wood había sacado del auto una cuerda que ató al brocal del pozo. Anudó el otro extremo a la caja, volvió a subir al coche y arrancó. La soga se tensó y al avanzar el coche, jaló de la caja hasta sacarla del auto y hacerla caer al suelo con un golpe sordo, pues la tierra estaba cubierta de hierba.

Paró la ranchera y se apeó. Cogió una botella y aproximándose al arcón, vertió el líquido sobre él.

Ian y Janet observaban desde la puerta que cerraba el pequeño muro. Una luna grande y redonda iluminaba lo que estaba ocurriendo; ya era noche completa.

—¡Crowen, es tu final, tu final, maldito seas!

Como poseída por una histeria demoníaca, mistress Wood raspó un fósforo que arrojó sobre el arcón. De inmediato se alzaron grandes llamaradas y una intensa humareda.

La mujer reía de una forma sobrecogedora. Ian cogió por los hombros a Janet mientras ésta ocultaba su rostro para no ver a su madre.

—Se ha vuelto loca, se ha vuelto loca... —repetía la joven.

Efectivamente, mistress Wood parecía una psicópata. No cesaba de reír y maldecir delante del arcón que despedía llamaradas, unas llamas que, poco a poco, se fueron consumiendo. Al fin, todo quedó como estaba en un principio.

La mujer dejó de reír. Como trastornada, contempló la gran arca de madera que aparecía más negra si cabe, pero continuaba intacta, como si el fuego no hubiera hecho mella en ella.

Lo que mistress Wood ignoraba era que la madera de lárice no ardía como las otras especies de madera.

—¡Maldito!, ¿estás vivo? ¡Maldito! —y comenzó a golpear la caja con el puño.

Tomó la llave, quemándose y soplándola. Consiguió levantar la tapa y mirar hacia su interior.

—Mujer, has querido destruirnos y eso merece un castigo —le dijo Crowen, mirándola desde donde se hallaba.

—¡Tengo que destruirte, maldito Crowen, tengo que destruirte! ¡Me has convertido en cómplice de tus crímenes, .pero esto no acabará así, te destruiré! —gritaba.

De súbito, su cuerpo se tornó luminoso; luego rojizo y verdoso hasta pasar a pardo y desaparecer. En el suelo quedó un montón de ropas.

—¡Ian! ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—No lo sé, pero lo intuyo. Voy a ver.

—Voy contigo.

—No, tú no.

—¿Por qué?

—Las desaparecidas siempre han sido mujeres; quédate aquí un momento. Ian Norton corrió hacia la caja y al llegar a su altura, miró hacia su interior.

Descubrió al alquimista Crowen que llevaba un arco en la mano y un carcaj colgado a la espalda.

Mistress Wood se arrastraba por la explanada del castillo, desnuda y sangrante, con dos flechas ensartadas en el cuerpo.

Crowen disparó otra saeta que se introdujo entre sus carnes.

Ian, sin razonar, queriendo salvar de aquella situación a la mujer, intentó meter su mano como hiciera en el despacho. Esta vez un maligno poder se lo impidió, quemándole la mano. Cuando Crowen aparecía, nadie podía hacerle nada. Ian tuvo que retirar la mano que le ardía y escocía.

Un cuarto flechazo se incrustó esta vez en el cuello de mistress Wood. Ian Norton cerró la tapa y pasó la llave mientras se sujetaba la mano, en la que tenía la misma sensación que si la hubiera metido entre unas brasas.

Al ver que había cerrado la caja, Janet corrió hacia él.
—¿Qué ha pasado, Ian, qué ha pasado?

—Tu madre ha querido destruir a Crowen, pero él ha podido con ella.
—No lo entiendo... ¿Mi madre está dentro?

—Sí. Con sus poderes diabólicos, ese ser que habita dentro del arcón ha reducido a tu madre como hizo con las otras víctimas y después la ha matado.
—¿Cómo, cómo?

—A flechazos.
—¿No se puede salvar?

—No, todo ha terminado para ella.
—No puedo creerlo, hace un momento estaba aquí...

—Pues ya ves, no está, sólo quedan sus ropas.
—¿Qué haremos, Ian, qué haremos?

—Esto no se puede explicar al mundo y es mejor hacerlo desaparecer.
—¿Cómo?

Ian miró en derredor, fijándose en el pozo.
—Si cabe vertical, se puede meter ahí.

—¿Con mi madre también? —preguntó Janet ahogadamente.

—Es mejor que la olvides, ella también habría deseado que la olvidaras. Tengo la impresión de que la codicia la convirtió en aliada de Crowen y, al final, los dos se han enfrentado.

Janet se sentó sobre la hierba, junto a las ropas de su madre. Tocándolas con sus dedos, comenzó a sollozar.

Ian arrastró la pesada caja hasta el pozo. Recogió luego las ropas de mistress Wood y las lanzó al interior del pozo. Puso la caja vertical junto al brocal y la levantó, comenzando a introducirla en el oscuro agujero. Cabía muy justo, mas al conseguir la verticalidad, cayó, pasando por el hueco del pozo como una bala por el ánima de un cañón.
Se escuchó un golpe sordo y unos alaridos que Ian B. Norton no quiso oír.

Fue hacia la casa abandonada. Recogió piedras y, una a una, las transportó junto al pozo. Las arrojó dentro, cubriendo con ellas el arcón que por algún poder satánico no se rompía ni se quemaba.

Faltaba poco para la amanecida cuando, jadeante, exhausto, Ian Norton dijo:

—Pasará siglos ahí dentro, está taponado por las piedras y no se puede sacar. Ahora, ya nos podemos ir, la pesadilla ha terminado. Sube a mi coche.
—¿Y tú?
—Llevaré la ranchera, hay que hacerla desaparecer.

—¿Cómo?

—Sígueme.
Los dos automóviles abandonaron el lugar.

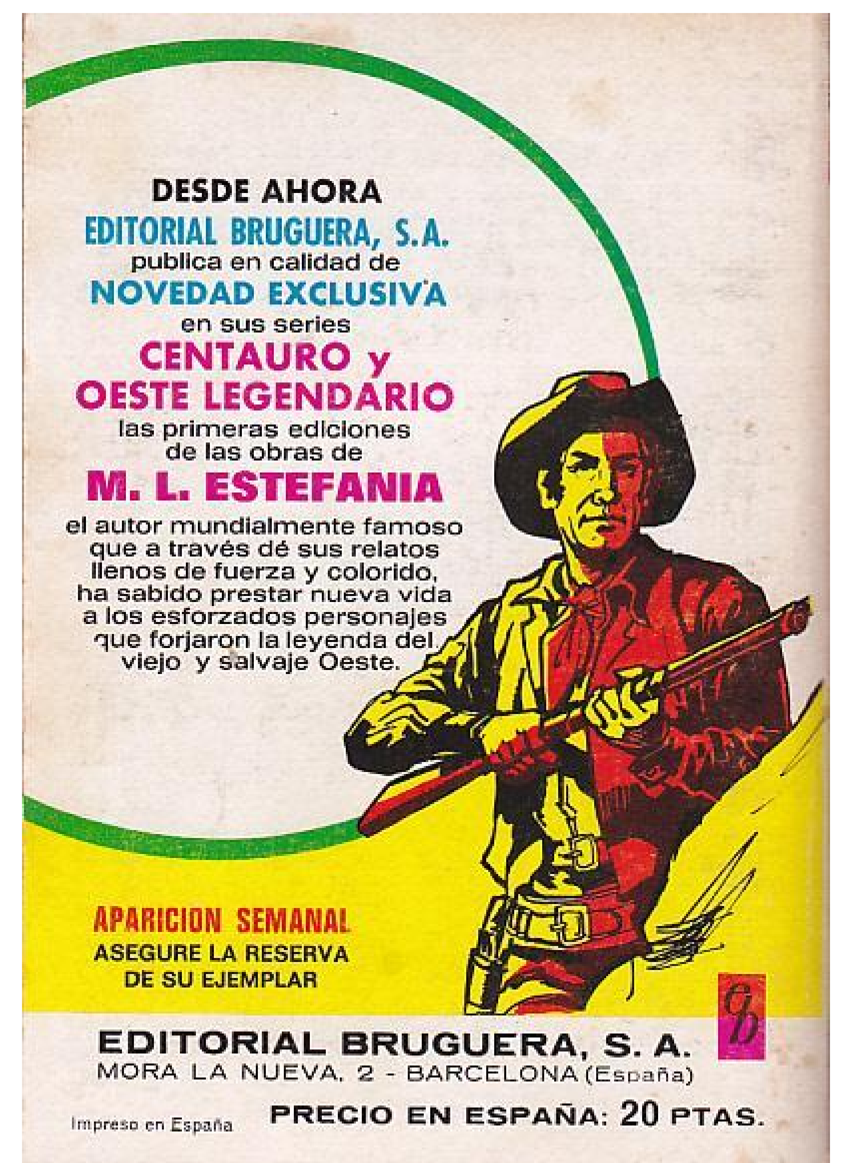
Ian Norton condujo la ranchera hasta el borde del río y allí, en una pendiente, la puso en marcha. La puerta quedó abierta y cuando llegaba junto al agua, se lanzó al suelo dejando que el automóvil se introdujera en el río, desapareciendo instantes después.

Los faros del «Volkswagen» iluminaban la escena.
Janet estaba como aturdida cuando el día comenzaba a nacer.
Ian regresó junto a ella; se sentó frente al volante del «Volkswagen» y dijo:

—Tendrás que olvidar y lo mejor es que olvidemos lejos de Londres. ¿Te parece bien?
—Lo que tú digas, Ian, lo que tú digas, no deseo pensar.

Volcó su rubia cabeza sobre el hombro masculino y Ian Norton condujo el coche alejándose más y más del grandioso y alucinante Londres.
La pesadilla también quedaba atrás.

F I N


DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.
APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
Impreso en España
PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.